



## *VIVENCIAS DE UNA MAESTRA*

# *FIDEL EN MI CORAZÓN*

*Maura Líg-Long Jorge*

# **FIDEL EN MI CORAZÓN: VIVENCIAS DE UNA MAESTRA**

*Maura Líg-Long Jorge*

# FIDEL EN MI CORAZÓN: VIVENCIAS DE UNA MAESTRA

Maura Lig-Long Jorge, 2022

Sobre la presente edición: Editorial Feijóo, 2022

Edición y corrección: Merly López Delgado

ISBN: 978-959-312-533-8



Atribución-NoComercial-SinDerivadas CC BY-NC-ND



Editorial Samuel Feijóo, Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas,  
Carretera a Camajuaní, km 5 ½, Santa Clara, Villa Clara, Cuba. CP 54830

## ÍNDICE

Palabras iniciales / 6

I Juntos / 7

II Decisión / 11

III Magisterio/ 15

IV Madurez/ 27

V La batalla / 33

VI Realizaciones concretas / 43

Hacia el Sur / 48

Dentro de la Revolución / 54

La prisa de los inconformes / 60

Proclama del Comandante en Jefe al pueblo de Cuba / 62

Fidel: la vida / 64

Eterno nacimiento / 67

Bibliografía / 73

## Palabras iniciales

*El agradecimiento es la memoria del corazón*

Graciela Pogolotti

En estas notas late mi vida junto a la vida inmensa de Fidel, desde la escuela. Allí, mis ojos de niña, de joven, y de maestra madura, han edificado, en mi corazón, un cariño entrañable por el Jefe de la Revolución Cubana. En la escuela he recibido lo que nos regaló día a día sin referirse nunca a la magnitud de su huella.

Aquí están los recuerdos, fuentes e imágenes expresando esencias de una relación perdurable con mi histórico Jefe de Estado. Él me dio la oportunidad de responder sí a su llamado y crecer temprano. Me permitió, hace ya más de cuatro décadas, enseñar a los otros, explicar de dónde venimos y hacia dónde debemos ir. En ese magisterio cotidiano, como tantos contemporáneos, leí y releí incesantemente sobre su existencia, sus hazañas, sus anécdotas, penetré en sus porqués y los hice míos.

Durante años he ilustrado la obra amorosa de Fidel iniciada en sus días de rebeldía sin barbas. He explicado su devenir, sus victorias. Esa vida suya compartida desde mi lugar entre la pizarra y mis alumnos, en el espacio irrepetible del aula, han hecho de mí y de ellos, mejores personas. Lo he admirado más cada vez. Él me dignificó para que dignificara, me situó en la educación cubana y comprendí su pensamiento.

Yo amo a Fidel hace tiempo. Sé que es amor de millones. Tuve el privilegio de declararle públicamente ese sentimiento, y su sonrisa paternal la llevo conmigo. Viví otro privilegio cuando en medio de la batalla multitudinaria por el regreso de Elián a la Patria, cumplí sus órdenes porque confió en mí como parte de su pueblo.

Todo ha sucedido, principalmente, desde la escuela. Sin Fidel y la escuela junto a mi familia única, no fuera quien soy. Solo esa razón existencial justifica que las notas estén en primera persona. Lo digo porque sé que cada cubano agradecido y con buena memoria pudiera escribir páginas como las que aquí aparecen.

# I

## JUNTOS

Nací exactamente en el momento en que Fidel consolidaba el Ejército Rebelde en la Sierra Maestra. Había dicho que serían libres o mártires. Él triunfó para mí. Los primeros años de mi vida transcurrieron con los matices de una Cuba verde olivo y con barbas que yo no alcanzaba a ver totalmente. Por la creatividad de mi mamá demostrada en el arroz de fideos y las manos mágicas de mi papá, que hacían sandalias de cordones de zapatos, para las hembras de la casa, sin saber aún que vivía bloqueada, tuve la temprana percepción, no obstante mi tamaño, de que, en medio de la escasez, se inventaba la manera de ser, de existir, redimida, dando el pecho a lo que faltaba y el interior del pecho a lo que estaba viviendo.

Fui a la escuela de todos. Allí, en un lugar del patio, cercano a mi pupitre, coincidí anticipadamente con Fidel. Desde entonces ha permanecido en mi memoria la imagen del Comandante en Jefe, con su traje verde olivo y mochila al hombro, erguido y bello. Era tan nítida aquella imagen que siendo una niña de seis años distinguí el cordón amarrando la mochila, y muy cerca, la punta del fusil.

He almacenado en mi mente, durante años esa imagen. Todo: la cantimplora, la barba, los pliegues de su ropa, las botas en sus pies como sostén de su enorme estatura situada sobre las piedras. Pero lo que me hacía alucinar era la cara de Fidel, los rasgos eran también muy diáfanos para mí, especialmente sus ojos, ahí, en ellos, era donde nos encontrábamos Fidel y yo.



El Fidel de mi primicia

Permanentemente percibí que me miraba, sabía que me miraba. ¿Cómo podía ser de otro modo si, desde mi posición en la fila de primer grado, yo quedaba exactamente en la dirección de su mirada? El cuadro de Fidel, puesto en una pared de mi escuela no cambiaba de lugar, y yo, en la fila, tampoco.

Un día le pregunté a mi maestra Juana dónde estaba Fidel y aunque no le confesé que él veía cómo yo cantaba el Himno, puse tanto interés en la respuesta, que ella dijo en tono confidencial: - Maura, Fidel está en La Habana y La Habana está muy lejos. -La maestra no lo sabía, pero yo sabía bien de aquella lejanía. Mi abuela Chiquitica me llevó a vivir con ella y lloré mucho porque no podía ver a mi mamá todos los días, de tan distante que estaba de Sagua y por eso volví.

Creo que tomé conciencia de la imposibilidad de ver a Fidel y seguí conformándome con mirarlo cada mañana mientras cantaba el Himno. En el acto de fin de curso, al recibir *El Beso de la Patria* con el libro *Nobi* como premio busqué y encontré, como siempre, la mirada de Fidel.

Cuando nos mudamos a una casa que no estaba tan rota como la que teníamos, todas las personas mayores decían que aquella casa mejor nos la daba Fidel. Yo no entendía bien cómo podía él, desde tan lejos, darnos una casa a nosotros, pero creí en eso. Vi a mi mamá, tan contenta que creí en eso. Terminé aceptando que Fidel era mago, porque podía estar lejos y cerca al mismo tiempo.

Con el cambio de casa vino el cambio de escuela, muchísimos niños, mis hermanos mayores y yo, estuvimos aprendiendo en la sala de una buena sagüera, Miyita, que la prestó, mientras se terminaba de construir la escuela nueva, justo en la curva donde se tuerce la calle Brito, a la salida de mi ciudad, rumbo a Santa Clara.

La nueva escuela, *Fidel Arredondo*, abrió sus puertas el día que cumplí ocho años, la inauguración fue una verdadera fiesta, con el patio repleto de niños, familiares y alegrías. Mi maestra Fabiola estaba contentísima, porque su alumna Maura Lig-Long recitaría *Los Zapaticos de rosa*. Ella ignoraba que la pequeña declamadora, con su moño de bucles y su bello traje rosado hasta el suelo, ese día, estaba buscando a Fidel por todos lados y sufría su ausencia.

Todo fue diferente al escuchar las palabras de la directora Lolita Rosales: Queridos niños, dijo- esta grandiosa escuela, toda esta belleza es un regalo de Fidel, él, igual que Martí, quiere que los niños crezcan felices y aprendan mucho para poder ser útiles a la Patria-. Fui nuevamente, feliz. Al aviso esperado, me dirigí al micrófono, jubilosa y segura. Las estrofas del cuento en verso tan conocido del Apóstol salieron de mi garganta, pensando en Fidel, sintiendo a Fidel. Definitivamente Fidel y yo no nos separaríamos, aún cuando no podía ahora, encontrar su mirada.

Aquella escuela que vino a sustituir a otra más rota que mi casa anterior, tenía aulas grandes, claras, recién pintadas, con una luminosidad extraordinaria; su gigantesco patio era el lugar ideal para jugar y formar filas rectas. Allí cursé segundo y tercer grado, para luego ir de un concentrado a otro, desde 4to hasta 6to. En todo ese recorrido las personas mayores no hablaban mucho de Fidel. Sin embargo, yo sabía que todo lo bueno que sucedía tenía que ver con él, con su traje y con su generosidad.

En octubre, en 1967, cuando cursaba el quinto grado, los niños supimos por la directora Alejandrina que el Che había muerto combatiendo en Bolivia, un país lejano en América. Pasados unos días escuché comentarios en casa de mi tío René: Fidel hablaría sobre aquella muerte que tenía a todos muy tristes. Allí mis primos Renecito y María Elena sí tenían televisor! ¡Entonces, yo podría ver a Fidel, después de tanto tiempo!

Ya en ese momento mi tía Nena y su esposo Padrino que no tenían hijos (para ayudar a mis padres en la crianza de su prole de seis), me habían llevado para una casa muy

linda que también Fidel les dio por iguales razones que a mi mamá. Solo tuve que decir mi deseo de ver al Comandante y enseguida me complacieron. Me llevaron a la casa del tío René. Aquel día, mientras le escuchaba, otra vez me iba fijando en cada gesto de su cara, sus cejas levantadas o plegadas, su angustia y su soberbia; en su dedo índice había una fuerza especial.

Fue un discurso largo, con un silencio también largo. Jamás olvidaré su angustia, su voz fuerte y ya ronca cuando dijo los fundamentos de la aspiración hermosa y la aspiración misma - "Si queremos expresar cómo queremos que sean nuestros niños, nuestros jóvenes, debemos decir sin vacilación de ninguna índole ¡Qué sean como el Che!" (1). Al llegar a mi casa, me negué a dormir, pensaba en lo mal que había visto a Fidel y me dolía mucho. Tomé una carpeta azul que mi papá me había regalado, le saqué una hoja de sus argollas presionadas y juntando palabras, escribí:

Querido Fidel:

Cuba ha tenido cosas, cosas muy grandes,  
Cuba ha tenido cosas incomparables  
Y ha tenido hombres que recordaremos  
Como el de la boina los niños seremos  
Era un valiente patriota con ideas liberantes  
Quería que cada pueblo  
Fuera bien libre y triunfante.  
No solo luchó por Cuba,  
Por Bolivia y por otras  
Que hoy le guardan un recuerdo  
Igual que Cuba le llora.  
Por desgracia ya ha caído,  
Y la Patria está llorosa  
Pero todavía queda  
Su figura victoriosa.  
Y sépalo Comandante,  
Que el patriota que nombré,  
Natural de la Argentina

¡Era el Comandante CHE!

Al terminar la poesía sentí y escribí: “No te preocupes Fidel, te prometo que voy a hacer todo bien, bien, bien, para ser como el Che. Ojalá pudiera hablar contigo para que me prometas que no estarás más, tan triste”.

Pasados algunos días, todavía bajo la impresión de un Fidel diferente, al que me miraba cantar el Himno, la directora Alejandrina puso en mis manos un poema, se llamaba Cenizas Guerrilleras y comenzaba hablando de la certeza contenida en las palabras de Fidel dando la noticia de la muerte del Che. Contaba cómo al escuchar al Comandante, el poeta imaginó su disfrute infantil, experimentado junto a un viejo marino analfabeto con la pesca de estrellas de mar, cuyos fragmentos caídos al agua, solo generaban la multiplicación de la estrella. La excelente metáfora llegaba al clímax, en sensible analogía establecida entre la ignorancia marina del pasado de Cuba y la barbarie homicida de los que asesinaron al Guerrillero Heroico, para terminar, advirtiendo continuidad en la lucha, convocando a la futuridad de las cenizas, en sus partículas propagadas de modo continental. Dije aquella poesía muchas veces.

El 9 de abril del año siguiente a la muerte del Che, Fidel vino a Sagua en el décimo aniversario de nuestra gloriosa huelga. El pueblo colmó el terreno donde nacía el Reparto 26 de julio. Su discurso fue de recuento y respeto por la sangre derramada. Yo aún no había cumplido once años, mi tamaño limitaba mi anhelo de verle. Mi padrino me cargó en sus hombros de estibador portuario y desde allí, miré de lejos a Fidel. No pude distinguir casi nada, pero lo vi. Su elogio a mi ciudad, a su pueblo, quedaron también en mi memoria: “...no hay duda de ninguna clase de que en la historia de nuestra Revolución aquel día la ciudad de Sagua escribió una página imborrable de heroísmo” (2)

Frente al espacio enorme en que Fidel habló, se estrenó aquella noche el Hospital “Mártires del 9 de abril”. Una nube de gente lo persiguió hasta las puertas de cristal. Nosotros también fuimos. Yo me escurrí entre los adultos y me subí en un muro bajito de la puerta por donde el Comandante entró a la edificación. La iluminación era tremenda, tanto, que yo podía ver el brillo de las botas de Fidel al alejarse de mí hacia el interior del salón, recibido por un grupo de personas adultas. Su espalda verde y los

rostros alegres de la gente eran pruebas de que se cumplía mi sueño infantil de tenerlo cerca.



La luz, las botas, la alegría

## II

### DECISIÓN

La secundaria básica es otro momento en la vida de una niña. Es nada más y nada menos que el tránsito hacia el hecho irreversible de dejar de ser niña. Así exactamente sucedió. Como adolescente tuve poco y amé mucho, nosotros, los de los 70 crecimos queriendo ser útiles, buscábamos, encontrábamos, la manera de serlo, perseguimos el sueño de convertirnos en maestros, médicos, arquitectos, ingenieros: todo lo que nuestros padres no pudieron ser, porque crecieron sin Fidel. Podíamos soñar y tomar la ilusión de brújula, por él. Para lograrlo, nos trazábamos fines sin mucha teoría.

Aquella década comenzó con una meta alta para Cuba: producir diez millones de toneladas de azúcar. Explicada como siempre por Fidel, el pueblo la incorporó a su imaginario y a su cotidianidad. Donde quiera se podía escuchar, leer, decir -Los diez millones van, y de que van, van-. Lejos físicamente del esfuerzo que se realizaba para cumplir la consigna, mi aporte se limitó a unos días de escuela al campo en la granja cañera de Armonía, pero apreciaba el sacrificio de mucha gente. Al cumplirse el plazo

señalado, Fidel dio los detalles de cuánto se había logrado y por qué no se había llegado a la cifra propuesta. Todo este acontecer apuraba mi madurez precoz.

Estaba muy claro para la mayoría de mis contemporáneos, que el futuro era mañana mismo, Silvio nos convidaba a creer en eso, éramos parte de sus veinte mil nuevas semillas y la ruptura de los hierros a los que él aludía, se plantaba ante cada uno de nosotros cotidiana y naturalmente. Militamos en organizaciones protagónicas que movilizaban nuestras emociones, manteniéndolas, convirtiéndolas en actitudes. No concebíamos nuestras vidas sin otro fin que el de servir a Cuba.

En esas circunstancias, mis profesores consideraron que debía estudiar Periodismo o Ciencias Políticas. Mis padres creían que, por las calificaciones en inglés, yo debía ir a Gorki. Por mi parte, sin información suficiente, vivía esa influencia y quería también todos esos estudios.

En medio de tanta alternativa, Fidel habló. Era un momento en que se necesitaban más secundarias y más profesores. Explicó cómo los niños que, por razones obvias, nacieron cuando él mismo me había regalado mi escuela y mi casa nuevas, llegarían a las aulas de secundaria y ¿quién les enseñaría?

La noche del 4 de abril de 1972 clausurando el II Congreso de la UJC, en el teatro de la Central de Trabajadores de Cuba, Fidel les dijo a los jóvenes cubanos: «¿Y cómo vamos a resolver el problema de los profesores de secundaria básica, si este año se inician 40 nuevas escuelas, si en el año 1973 no menos de 120, si cada escuela lleva no menos de 40 profesores; si aumenta el número de alumnos, no solo de escuelas secundarias, sino de alumnos ¿Cómo resolver este problema?» (3)

Puse a Fidel en el centro de mi vida y de mis ilusiones. Siendo así, su palabra cambió los propósitos de las personas que me eran importantes y próximas. Él, también significativo y cercano, compartió con mi generación, su plan y yo cambié los míos. Mis estudios futuros ya no lo serían tanto y en cuánto a qué estudiar ni hablar de lenguas extranjeras ni persecución de noticias, sería profesora. ¿De qué? ¡De Historia!

¡A cuántos nos sucedió lo mismo! La respuesta de lealtad a Fidel se hizo masiva. Fuimos miles.



Sonrientes, cumplimos con Fidel

Nos afiliamos al Destacamento Pedagógico Manuel Ascunce Domenech, sonrientes, seguros. Entramos en una etapa sublime de nuestra existencia violentando el futuro, compartiendo la evidencia de aulas saturadas de azul, de rostros contemporáneos con nosotros mismos, en construcciones de mucha luz, sin imaginar que estábamos edificando una manera de ser

Estuvimos en los más diversos paisajes de nuestra provincia de Las Villas, aquel uniforme gris, seleccionado por nosotros mismos junto a la presencia siempre juvenil de Fidel, nos identificó durante una década, ese color, los zapatos plásticos, la lozanía recorrían a diario, el pasillo central, las aulas, comedor, albergues, la plaza. El gris transitaba también cada día en guaguas solo nuestras o caminando, pícaros e incansables por senderos que se tornaron familiares y cómplices de todo lo que hacíamos.

Dimos sentido a la vida por el Destacamento, con el Destacamento y para el Destacamento. Cualquier otra arista vivencial de la primera juventud, para nosotros, pasó a segundo plano. Con el tiempo esa significación adquirida en la edad en que se diseñan los proyectos de vida, nacida tan cercana a lo unánime, se convirtió en sustrato de una atadura ética profundizada con los años, con el advenimiento de la vejez y con la prueba de que, aunque los caminos recorridos ya no son homogéneos, en el fondo de todos nosotros, nuestro físico ha cambiado, nuestras, esencias, no.

### III

#### MAGISTERIO

Con 16 años, en medio de la inmensa escuela en el campo donde convivíamos aproximadamente quinientas sesenta personas, me era imposible olvidar a Fidel. Ya sabía que no tras, sino delante de lo que poseíamos, de lo que hacíamos, estaba él. Cuando me acostaba exhausta de tanta actividad continuada, en esos minutos anteriores al sueño, mi pensamiento iba hacia Fidel. Nada había escapado de su magia al llamar a los jóvenes para poblar aquel lugar.

Fidel con su equipo pensó y aseguró la belleza del vestuario, la variedad de libros, la uniformidad espaciosa del dormitorio, del comedor, de la biblioteca, la disponibilidad de plantas y asientos en el patio gigante, las instalaciones para el ejercicio físico, los medios para apreciar y crear arte, la científicidad posible en laboratorios y aulas equipadas. Años después supe del papel protagónico de Celia en aquella febril y fecunda actividad.

Creí, ya más madura que en primer grado, en el sortilegio del Jefe de la Revolución. Ahora lo veía diferente, sabía sus razones visibles e invisibles, Fidel era el máximo responsable de la profundidad de mi pensamiento juvenil.



¡Qué maestro!

Durante mi formación como maestra, cada curso escolar, el primer día de clases, desde mi escuela, Rosa Luxemburgo, recibía los consejos oportunos y jubilosos de

Fidel, inaugurando nuevos planteles. Más que discursos eran diálogos con el diapasón que describiera el Che Guevara en los primeros años del triunfo revolucionario. Comparaba, alertaba, como si viviera a nuestro lado. Siempre sabía qué era lo más importante, dónde estaban los problemas y qué debíamos hacer para salir de ellos poco a poco.

Nunca se cansó de advertir que la Revolución estaba en nuestras manos. Criticaba las fallas de un modo verosímil, indiscutible y tierno. De pronto se ponía serio, su dedo índice paseaba delante de su rostro para acentuar ideas.

Pero Fidel también se reía mucho dando aquellas lecciones al hacer referencia a algún hecho propio de la picaresca de nuestra edad. Se reía como uno de nosotros. Su tránsito de la mesura a la alegría, especialmente aquel dedo índice en guardia y su risa arraigaban en mí un cariño conspirativo, notorio, no declarado, pero maravillosamente cierto.

Ese sentimiento era compartido por la totalidad de los maestros que nos formábamos, formando. Nuestro origen obrero, nuestras raíces mestizas y la humildad heredada de los padres y abuelos hacían maravillas en las emociones y la línea de vida de Mario, Kiky, Mayra del Toro, Mayra Fillad, Riera, Ávalos, Mariano, Roche, Marta Contreras, Dámasa, Luis León, Tellería, Pilín, la China, Andrés, Vivian Leig, Manuel Delgado, Nely Valdés, Cuqui, Fidelina, Grisel Hondárez, la Meury y muchísimos más cuyos corazones, igual que el mío, latían de prisa por Fidel.

El 6 de junio de 1973, Fidel llegó por segunda vez a la ESBE 1ro de Mayo, en el Valle del Yabú. Esta escuela desfilaba en la Plaza de la Revolución frecuentemente, como premio a sus resultados. Y Fidel llegó, como solía hacerlo, sorpresivamente. Yo no lo vi. No estaba. No lo vi. Teresa Monja me confesó no creerlo, viviéndolo. Fidel recorrió la escuela, conversó con todos. Le alegraba estar allí. Sus largas piernas anduvieron de prisa, así mismo latían los corazones de todos los presentes. Caras en embeleso, caras en sorpresa, caras en incredulidad, eran solo tenue reflejo de agitación interior.

No olvido cómo la China me repetía el relato una y otra vez: con la dinámica adquirida en su fecunda vida, Fidel quiso jugar pelota, los muchachos se dispusieron al juego con el Jefe de Estado y de Gobierno de la República de Cuba, en un ejercicio jamás visto en la historia universal. Como ella estaba entre los primeros en recibirlo oyó

perfectamente que Fidel dijo: -Hoy vamos a jugar pelota, vamos a recrearnos un poco-. Se autodesignó lanzador. Pasado un rato, ante un error inconcebible de su equipo, con una cara que provocó la risa de todos los presentes, miró a su jardinero, se secó el sudor y sugirió jugar baloncesto.

Cuando el Comandante llegó a la cancha y vio que los aros no tenían mallas, expresó su disgusto: -Ah, no, no, no, a mí sin malla no me gusta jugar. -Enseguida trajeron las mallas, pero entonces no había escalera para ponerlas. Ante el asombro de los muchachos, Fidel se paró debajo del aro y a su lado Cheito, entonces director regional de educación en Santa Clara y a petición del Comandante en Jefe, el bisoño profesor de Física, Mario Hugo López se subió en los hombros de los dos, sin aguantarse de algo. Todo el mundo se quedó frío. El único que ni se inmutó fue Fidel. Por fortuna se disparó una cámara fotográfica y quedó atrapada la vivencia en una instantánea que aún perdura.



Fidel, como un adolescente

Las mallas quedaron puestas. Con las condiciones ya listas, empezó el juego, Fidel no falló ningún tiro, incluso en los tiros libres, el balón caía siempre justo dentro del cesto; se reía muchísimo cada vez que la pelota entraba en el aro y la gente aplaudía, gritando ¡Fidel, Fidel! Esas exclamaciones lo hacían sentir como un adolescente, cogía el balón, amagaba a los jugadores, los ponía en jaque y volvía al cesto, triunfante. Inesperadamente salía del juego, se sentaba en la hierba, hablaba con la gente de por allí que habían llegado hasta la escuela para verlo. Mario Hugo, que driblaba como

nadie, permaneció en el juego junto a Fidel, mucho rato. La China terminaba el relato diciéndome: - Aunque los muchachos jugaron duro, ganó el equipo del Comandante



¡Educando!

De aquellos años guardo también en mis recuerdos la imagen de Fidel durante el Primer Congreso del Partido. Desde el Valle del Yabú, junto a mis compañeros, estuve pendiente de todo lo que sucedía: Su traje de gala, su hablar pausado en el análisis del Informe Central, la belleza del teatro Carlos Marx, la solemnidad de la sesión de apertura, la sobriedad de los delegados.

Allí estaban personas que conocía bien: Delgado, que, físicamente, hacía honor a su apellido y revolucionariamente honor a su uniforme de miliciano con que le conocíamos los niños y los jóvenes de Sagua; él era nuestro combatiente del 9 de abril, el que iba a mi escuela a hablarnos del día glorioso de la ciudad. Estaba también José Manuel Pérez, mi vecino, hombre recto y trabajador y Hondárez, el papá de Grisel, campesino austero, a golpe de tanta carencia permanente, que enseñó a su hija dónde está el verdadero valor de la vida.

En la presentación del Comité Central y su recién electo Primer Secretario, Fidel nos dio otra lección. Fabio Grobat argumentaba la elección del Comandante en Jefe, especialmente cuando dijo: "...todos nosotros conocemos los méritos históricos del compañero Fidel ganados en la lucha por la patria, la clase obrera y el pueblo humilde

y trabajador. Todos conocemos su extraordinaria capacidad de dirigente y admiramos con profundo cariño sus numerosas virtudes, entre las que se destacan su honestidad, y sinceridad revolucionarias, su modestia y su excepcional sensibilidad humana...” (4)



Fidel Castro Ruz en el acto en la Plaza de la Revolución por el 1er. Congreso del Partido.  
Diciembre de 1975. Foto: Archivo

### Su Congreso del Pueblo

¿Qué expresión tenía el rostro de Fidel mientras se escuchaban sus méritos? Sus ojos, el gesto de sus cejas eran de total humildad. Esa expresión tampoco la he olvidado. Era conmovedora. Su poder de recepción no se sentía totalmente cómodo oyendo hablar de sí. Solo en eventual circunstancia aceptaba la alabanza pública. Los delegados escuchaban en silencio y al terminar la lectura del compañero Fabio, el aplauso atronador que regalaron al Jefe de la Revolución, hubiera aplastado la sencillez de cualquier humano. No de Fidel.

Su alegría, más que eso, su profunda satisfacción llegó a la Plaza en lo que él llamó el Congreso del Pueblo, fue la clausura diseñada a su manera desde la obsesión que le sé con el contenido de ese vocablo como designación al heterogéneo gentío que ama. ¿Cómo podía ser de otra manera?

Aquel día, el Comandante dijo, visiblemente emocionado: “Más de una vez hemos tenido ocasión de sentir desde lo más profundo de nuestros corazones un infinito

sentimiento de cariño y de admiración para nuestro pueblo...Hoy solo quiero decirles...que este acto constituye...uno de los días más felices de nuestras vidas” (5) Por ese sendero, de la mano del Comandante en Jefe, añadí al sentido hermosísimo de octubre, la iracunda consternación por el crimen de Barbados. Aquellas muertes imprevistas en la plenitud de la vida, me llegaron como pérdida personal. Primero las filas interminables de la gente ante los féretros, después la amargura intransigente y enérgica de las palabras de Fidel. Todavía le recuerdo en la sobriedad de su traje de gala, desde la claridad de su voz, con la fuerza extraordinaria de su pecho.



Su voz en el dolor multiplicado

Por Fidel perduran en mi memoria el hecho y sus nombres. En aquellos días imaginé cuerpos despedazados, rostros de pavor ante la inminente catástrofe. Compadecí al compositor Chany Chelasy, al piloto ranchuelero Alfredo Pérez y su tripulación, a los muchachos y muchachas del equipo de esgrima, cuyas edades estaban cerca de la mía, Virgen María Felizola, Nancy Uranga Romagosa. Compartí con mis alumnos, poca cosa más joven que yo, la penosa noticia.

Todos en la ESBE Rosa Luxemburgo, solemnemente, oímos a Fidel, situado en la Plaza, escoltado una vez más por Martí y de frente a una multitud silenciosa unida en remembranzas. El Jefe de la Revolución con su frente limpia fruncía el ceño enfatizando en las frases de condena y de continuidad: “¡Nuestros tripulantes, nuestros heroicos trabajadores del aire y todos nuestros abnegados compatriotas sacrificados

cobardemente ese día, vivirán eternamente en el recuerdo, en el cariño y la admiración de nuestro pueblo! ¡Una patria cada vez más revolucionaria, más digna, más socialista y más internacionalista será el grandioso monumento que nuestro pueblo erija a su memoria y a la de todos los que han caído o hayan de caer por la Revolución!" (5)

Pasados unos meses, en el salón de reuniones de mi escuela en el campo, pudimos mirar al Comandante en su entrevista con la periodista norteamericana Bárbara Walter. Era preciosa, pero Fidel tenía sobre él toda la atención al margen de cualquier atractivo femenino de su experimentada interlocutora, eso me daba mucha gracia a mí y a los demás, porque adorábamos al Jefe de la Revolución Cubana, y absolutamente todo lo que contestó aquella noche, nos pareció insuperable, especialmente cuando la Walter osada y prepotente le interrogó acerca de su vida privada. Fidel se reclinó en el asiento, soltó una bocanada de humo de su tabaco acompañante, sonrió de manera pícaro, con su pelo ensortijado, mostrado sin gorra y su verde, muy verde. Se acarició la barba copiosa, y respondió: -Lo único que puedo decirle de mi vida privada es que... no voy a decirle nada- Nos empezamos a reír en carcajadas irreverentes y entrañables, ante aquel, nuestro primer televisor a color, recién regalado por Fidel. Era mayo de 1977.



Su pelo ensortijado y su barba copiosa

Durante estos años juveniles, educada por Fidel en su dimensión social me daba cuenta de que una Revolución, cuyos hechos estremecen a la gente común, capaz de construir a diario la sensibilidad colectiva, es auténtica y perdurable. No existía un solo

suceso de Cuba que removiera mi conciencia integrada a la espiritualidad de tanta gente, sin la presencia de Fidel. Sus discursos eran invaluable enseñanzas.

Él me hacía pensar, otorgando un fundamento a mi sentir. Con Fidel yo transitaba de la indignación al dolor, de la alegría a la crítica. Me sentía parte de un sentimiento masivo de victoria, de responsabilidad, de compromiso, de confianza, de esperanza, de posibilidad descubierta. Yo sentía, cada vez, al escucharle, que Fidel decía siempre exactamente lo que había que decir.

Su figura, su voz y su dedo índice, eran especiales cuando denunciaba y sentenciaba la violencia del imperialismo hacedor del dolor de la Patria. La alerta ante el peligro histórico de existir a 90 millas del país más poderoso del mundo se convertía en privilegio digno y simultáneamente en rechazo a los crímenes que cometía el Imperio, contra el pueblo del que yo, maestra de escuela, era parte, conscientemente.

Casi dos meses después, el 2 de diciembre, en la constitución de la Asamblea Nacional, al resultar electo como presidente de los Consejos de Estado y de Ministros dijo a todos: "Si pudiera vivir otra vez mi propia vida, las cosas las hubiera hecho como hasta aquí...solo que entregando mejor todo mi tiempo a la obra de la Revolución..."

(7). Lloré. ¿Qué más se exigía Fidel?

Los años setenta terminaron con las graduaciones felicísimas del Destacamento. Fidel personalmente nos graduaba cada año. Él nos calificó de brillantes profesores y dejó claro para toda Cuba que: "El gravísimo problema de no contar con suficientes profesores para la extraordinaria explosión de alumnos de nivel medio se pudo resolver única y exclusivamente gracias al Destacamento" (8).



Fidel graduaba a sus brillantes profesores

En sus discursos de graduación, el Comandante celebraba con frecuencia nuestra abnegación y nuestra perseverancia. Vaticinaba que siendo así, cumpliríamos todos los propósitos de nuestras vidas. Nos instaba a impartir clases de calidad, a estudiar, a ser ejemplo, a hacer de la escuela cubana un lugar de autoridad moral y convivencia solidaria. Aquellos momentos inolvidables de titularnos comenzaron en el teatro Lázaro Peña con el primer contingente.

Ya el segundo grupo, graduado el 12 de julio de 1978 no cupo allí. Ese era mi grupo. Acudimos al Carlos Marx y colmamos los espacios. La delegación villaclareña se situó en la que consideré la mejor posición del teatro, en el centro delantero. Al entrar Fidel con su verde y su barba nos pusimos de pie hasta que la disciplina, convocada por él, se adueñó del espacio.

Su discurso para nosotros fue igual y diferente. Se despidió diciéndonos que "... si comparamos nuestros problemas y dificultades de hoy con los problemas y las dificultades de ayer, son infinitamente menores; pero hay dificultades. Y no hay que cerrar los ojos, diciendo que no las hay. Hay que reconocer que las hay, pero en medio de ellas luchar, enfrentarlas, cumplir nuestros objetivos..." (9)

Cuando el Comandante terminó, vino con su paso ágil a juntarse con nosotros. Los villaclareños corrimos al encuentro, en ventaja con respecto al resto de los graduados, como ya he dicho, por el lugar que ocupábamos. Yo me ubiqué rapidísimo, frente a

Fidel. Solo cinco graduados colocados uno al lado del otro, me separaban de él. Casi lo tocaba. La algarabía estaba detrás de mí. Así tan cerca, pude leerlo en su impresionante figura. ¡Qué contento estaba! ¡Qué grande era! Qué lenguaje expresaban sus manos, tan coherentes con su verbo. Se resistía a la protección de la escolta, los esquivaba discretamente y yo sentí que hacía eso para darnos confianza. Me dio mucha gracia que hiciera esto. Me reí por dentro como quien lo conocía y lo comprendía.

Rudy y Martica García eran dos de aquellos cinco entre el Comandante y yo; con su pequeña estatura quedaron tan cerca de él que por un momento tuve la sensación de que, iban a entrar los dos en uno de los verdes bolsillos del jefe de la Revolución. Como eran los novios más famosos del Destacamento, alguien le gritó a Fidel lo que todos sabíamos: -Comandante, se van a casar pronto. Él le puso la mano en el hombro a Martica y le preguntó con picardía: -Ah sí y ¿cuántos hijos van a tener? La risa masiva fue la respuesta. Por aquellos años Fidel insistía en la densidad poblacional cubana, por eso hizo la pregunta y nos explicó muy rápido la importancia del asunto.

En ese momento breve de proximidad física sentí celos de mi compañero de aula Nelson Quero, pues con su intranquilidad permanente y su hablar atropellado, también logró llegar al lado de Fidel, tanto que le rozaba el brazo. Y Fidel preguntando y preguntando, que si estábamos contentos, que si estábamos bien, que si sabíamos la responsabilidad que contraíamos, que éramos su confianza para la educación cubana y que ese día ya era un día histórico para la Patria.

Tenía solo 21 años cuando recibí mi título de Profesora de Historia, de la Enseñanza Media Básica, pero ya había construido una incondicional pertenencia al ideal del Comandante. Mi devenir, mi cotidianidad, mis sueños de realidad por llegar, estaban ligados a Fidel y su impronta de modo natural, desde la escuela

En agosto de aquel mismo año un centro gigante en Ciudad Libertad me acogió. Fuimos allí a estudiar Marxismo-Leninismo para impartir clases en los pre-universitarios. Éramos graduados del Destacamento de Cuba entera. Profesores cubanos y soviéticos nos formaron con profesionalidad y rigor ¡Cuánto leímos! Allí consolidamos las ideas que sostienen actitudes vitales.

Una noche de octubre, salimos de la beca buscando merienda para seguir estudiando. Nos preparábamos para el seminario de Historia de la Filosofía del día siguiente tratando de cubrir la expectativa de la exigente profesora Olguita. Una hilera de carros iguales pasó en dirección al Hospital Militar, mi avispada compañera Maritza Fuentes dijo con tremenda seguridad -Ahí va Fidel- Nos quedamos impresionadas un momento. Cuando salimos de ese estado de estupor, dado por nuestro cariño a Fidel y nuestra procedencia provinciana no acostumbrada a verlo pasar, dije: –Cuando nazca mi primer hijo, si es varón se llamará Alejandro, como Fidel. Objetivamente estaba lejos de ese momento, pero, lo sentí, lo pensé y lo dije.

En julio de 1979, cuando terminó el primer examen final comenzamos a sentir la posibilidad de separarnos después de un año compartiendo estudios y meriendas. Los afectos no eran transitorios, apuntaban a ser perdurables, especialmente entre villaclareñas y santiagueras, Blanca Cortón tenía mi preferencia por su fibra, diáfana, radical, defensora apasionada del lugar donde nació, ella hablaba de Fidel como de un familiar allegado.

Ya con la maleta hecha, la Cortón me dijo -¿Vamos para Santiago? Allá sí vas a ver lugares de Fidel - ¡Queeeeeé! Claro que me voy. Compramos los pasajes para el avión, vine a Sagua en un día con el susto de que mis mayores no se entusiasmaran con la idea. Los convencí y me fui a Santiago.

¡Inolvidable Santiago! ¡Qué vivencias asociadas a la vida de Fidel! Fui al colegio donde aprendió en su infancia, vi la Sierra, su Sierra y comprendí mejor su nueva estrategia revolucionaria y su plan para el asalto. Entré al Moncada. Recorrí los escenarios del grito, como dice Mario Mencía. Di cada paso con la palabra encendida de orgullo y pertenencia que expresaban los más puros sentimientos santiagueros de Blanca Cortón, Inés y Tamara Taquechel. Juntas anduvimos el Juzgado, el Hospital Saturnino Lora y su salita donde “rodeado de soldados con bayoneta calada”, él auguró su absolución posterior por la Historia. Estuvimos en la Plaza de Marte, la calle Padre Pico, el Parque Abel Santamaría, recién terminado. Habíamos terminado estudios en la capital. Regresé a mi ciudad y enseñé lo aprendido.

En abril y mayo del ochenta, hubo días de agitación por los sucesos de las embajadas de Perú y, fuimos a la calle por la Revolución y por Fidel, atamos cintas en las frentes,

escribimos en ellas consignas de compromiso y lealtad. Respondimos a la convocatoria del Comandante, como sus discípulos que éramos.

Ese año en el mes de julio volvimos a La Habana, ahora Fidel nos graduaba de Licenciados en Educación, también en el Carlos Marx. Aquella resultó igualmente una experiencia única y trascendental para mi vida. Estaba bien distante de la ubicación en que me encontraba dos años antes y eso impidió la cercanía física al Comandante en Jefe. Esta vez Fidel era ante mí, su voz y su verde olivo en el pódium. Me conformé con verlo de lejos Escuché, cada palabra suya, como si lo tuviera a mi lado. La nobleza de Ramiro Ramírez se acumuló toda en su cara cuando Fidel le dio el Título de Mejor Graduado

Nos dijo: "Miren 20 años adelante. Esa será la sociedad del futuro. Esa es la sociedad que está en manos de ustedes: profesores y maestros, Les damos las gracias por todas sus respuestas: cuando se creó el Destacamento, cuando se mantuvieron en los estudios, cuando fueron capaces de graduarse, cuando son capaces de proseguir los estudios superiores, y dar una respuesta masiva como han dado. Ustedes son, mujeres y hombres, capaces de proponerse. (10)



El talento de Ramiro, premiado por Fidel

Después de aquel nuevo encuentro con el Comandante en Jefe yo entraba al aula, graduada dos veces por Fidel. Creo que contagié a mis alumnos con mi amor por él.

Con argumentos, dando mis clases de materialismo histórico, los convencía de que, en realidad, aunque la historia la hacen las masas populares, existen hombres como el Comandante en Jefe, que, por su singularidad, aceleran el devenir histórico de los pueblos.

Trabajando en la escuela, explicando en las aulas, en seis años habían nacido mis hijos. Con ellos en brazos seguí viendo a Fidel, lo escuché explicar cada punto de partida y de posible llegada, cada peligro construido por los otros y por nosotros mismos.

Durmiendo a mi Alejandro desde el sillón familiar, compartí con Fidel su lucha contra el pago de la deuda externa, como paladín de los pueblos. Nos enseñó el carácter desigual de la economía mundial y nos enseñó además cómo transformar esa injusticia con resistencia y unidad revolucionaria a igual escala. Tuve la vivencia de su dimensión universal, siendo la voz de los sin voz. Sentí que Fidel era incansable.

En los primeros años de los 80, Fidel otorgó un carro marca Moscovich, a maestros cubanos seleccionados por su calificación y trayectoria. Era el año 1981 y yo daba clases en la Escuela de Economía. El día que recibí aquel estímulo sentí que esta vez Fidel ponía ante mí, para mí, lo no soñado.

Paseando por la Habana, en aquel carro que me regaló Fidel, de regreso a casa de la familia, anduvimos una tarde de agosto de 1987 cerca del Hospital William Soler. El niño iba descubriéndolo todo, cerca de las ventanillas traseras. Yo explicándoles lo que allí se hacía, de modo que comprendieran. De pronto dice Alejandro: mamá, mira a Fidel. Nos quedamos tiesos, reaccionamos, muy rápido, parqueamos y llegamos a la cerca del Hospital en el momento en que el Comandante se detenía en un pasillo hablando con el Dr. Dotres. Permanecemos allí hasta que Fidel se subió al carro negro que le esperaba. Todo fue verlo.

Al ir culminando la década de los ochenta, ya tenía tres hijos. Supe que, con el Jefe al frente, se acercaba otro momento de estoica resistencia de Cuba, y me tomaría madre, al amparo de Fidel.

En aquellos diez años la ofensiva de Fidel por la rectificación de errores en Cuba, su concepción y su ejercicio fueron recursos teóricos y prácticos en mis clases de Filosofía y de Economía Política. Los profesores de Marxismo seguíamos punto por punto, cada

noticia, la manera en que comenzó el proceso, los llamados del Comandante a comprender el peligro que entrañaban las equivocaciones que se apreciaban y combatían en la sociedad.

Disto mucho del idealismo como concepción del mundo, pero si alguna vez idealicé algo, fue la capacidad promisorio de Fidel cuando el veintiséis de julio del año mil novecientos ochenta y nueve, ante los avatares que ya se vislumbraban en el sistema socialista mundial, aseguró que “Cuba seguirá defendiendo las banderas del socialismo, la Revolución es una obra humana, y como obra humana puede incluso frustrarse, pero las banderas del socialismo, no se entregan sin combatir.”(11) Impresionados oímos, no entendimos bien y vivimos para darnos cuenta.

#### **IV**

#### **MADUREZ**

Fidel lo sabía todo. Sus vaticinios se cumplieron en una confirmación del sentido anticipatorio de su pensamiento. El período especial fue una prueba difícil para el pueblo de Cuba. Yo sentía que Fidel, conocedor de las emociones de su gente, hacía lo indecible por mantener muy altas las expresiones simbólicas de resistencia. Su combatividad no menguaba y esa energía permanente emanaba a borbotones de su talento y su sensibilidad. Comenzaba una etapa de heroísmo ilimitado en los noventa.

Inicié los años 90 con un hecho traumático, soluble únicamente por la ubicuidad de la obra de Fidel: mi pequeña Lilita, que decía ser la tapa al pomo, tuvo una polio post-vacunal. Pocas horas después de tomar su caramelo protector con un año de edad, comenzó a perder la estabilidad de sus pasos tan cortos. El diagnóstico inicial fue una sinovitis de cadera, pero la inquietud no nos dejaba permanecer inmóviles, ni a su papá ni a mí. Fuimos a la capital. La Dra. Lidilia Abreu, nos llevó a su maestro el Dr. Diez. Estuvimos en la sala de neurología del hospital pediátrico Aballí, durante dos meses.

¿Qué decir? La niña recibió tratamiento con inyecciones de Interferón recién conquistadas por la ciencia cubana, priorizada por Fidel en medio de las más adversas circunstancias económicas de Cuba. Su alimentación fue reforzada a través de una

dieta especial diseñada por el equipo multidisciplinario que cada mañana monitoreaba el estudio de sus síntomas en estrecha vigilancia, informándonos cada criterio y cada progreso. Salimos de allí a los sesenta días, con un calendario de interconsultas mensuales en la institución del ingreso que duraría un año, además rehabilitación inmediata asegurada para la niña, en el Hospital Julio Díaz González. Cada mes volvíamos de La Habana con el tratamiento completo de Vitamina B-12 (1000). Era gratuito. ¡Y la Cuba de Fidel vivía una brutal crisis económica!

En mil novecientos noventa y dos, con aquella situación económica tensa por el derrumbe del campo socialista, bautizado por Fidel como desmerengado, ya habían transcurrido dos décadas de la creación del Destacamento. El Comandante demostró una vez más lo que éramos para él. Convocó a los compañeros del I Contingente a celebrar la fundación del movimiento pedagógico en el encuentro nacional “20 Años Después”. La prensa plana cubrió los detalles. El Comandante estuvo muchas horas junto a los homenajeados. Participó en una clase de Historia de Cuba, que impartió mi amigo Mariano Isla, excelente maestro desde los días de Yabú 3, en los años setenta. En la clausura Fidel habló, ilustrando la importancia de la historia patria con el ejemplo de la clase de Mariano. Su mirada al dirigirse a los todavía jóvenes maestros de aula, me llegó como la de un sabio fraterno, cuyos discípulos cumplían su expectativa educativa, inundada de paternalidad.

También en los noventa, a punto de cumplir cuarenta años, estuve en una nueva multitud, ahora en el Palacio de las Convenciones, junto al magisterio cubano y del mundo, durante el evento de Pedagogía/97. Fidel era asiduo a esas oportunidades de reencuentro, incluso clausuraba cada cita internacional de los maestros. Añoré su presencia igual que en mi escuela primaria.

El 7 de febrero, penúltimo día de la cita pedagógica, la noticia de que Fidel estaba en Palacio, me llevó a la indisciplina, salí de la sala donde debía permanecer por un acuerdo de la delegación villaclareña. No fui la única: Lucía, Juan Manuel, María Antonia y yo, entramos antes del horario establecido en la sala 1. Solo así asegurábamos asientos cerca de la plataforma. Lo logramos. Cuando él entró a la sala, ya hacía rato que, sentados en la quinta hilera del centro, le esperábamos.

El Comandante en Jefe se ubicó al lado de Eusebio Leal en medio de los aplausos y la alegría peculiar de maestras y maestros. Era una explosión de sentimientos sabios con las emociones que singularizan a la profesión. La jefa de sala hizo la presentación de la presidencia y del tema “El museo como escenario escolar”, que sería la intervención de Eusebio. Fue sublime.

Cuando el Historiador terminó se suponía que daríamos criterios e hiciéramos preguntas respecto al asunto tratado. El primero en hablar fue un niño argentino de 10 años, hijo de maestros que llegó aquí para saber más de nosotros, agradeció a Fidel su existencia y sus enseñanzas; después habló Habana, una joven chilena cuya filiación política familiar quedaba explícita en sus palabras y naturalmente, en su nombre. Ante su ternura juvenil, Fidel bajó de la presidencia y se acercó a la primera hilera de asientos, para fundirse en un abrazo con la muchacha suramericana.

Mientras esto sucedía, casi con desesperación, pedí hablar una y otra vez. Manipulé con torpeza la pizarra personal de mi asiento y por eso no pude encender el micrófono. Lucía Rodríguez con suspicacia campesina, sacó del bolso el libro que contenía los resúmenes del evento y un plumón rojo, escribió en la portada, bien grande: CUBA, y lo puso en mis manos. Casi gritaba:

-Cuba, Cuba, aquí está Cuba-. La jefa de sala se fijó en mi mano levantada con el libro en alto. Me permitió hablar. Y accedí a la palabra.

Solo la cultura como el mayor regalo que Fidel me ha dado, explica ese acceso que tuve a la expresión. No vi más que a Fidel, no sentí más que a él, olvidé la presencia de todos los colegas del mundo que llenaban la sala, olvidé el cansancio de mi brazo en alto y olvidé mi nombre. Yo soy Cuba, dije, aquí está Cuba... Un verdadero torbellino salió de mi garganta, le declaré mi amor públicamente al Jefe de la Revolución Cubana, que miraba cómo yo cantaba el Himno en primer grado, al hombre que ha liderado espacios y tiempos sin fin, le expliqué qué persona soy, y de dónde vengo, le confié mi status cuando él combatía en Guisa y el Che descarrilaba el tren blindado en Santa Clara, develé para él mi apego a la sabiduría marxista-leninista, recién traicionada y agradecí su amparo a mis tres hijos.

Fidel me miraba con cariño filial, sonreía como mi papá cuando traíamos buenas notas a la casa, quizás fui vanidosa, pero sentí que escudriñaba en mí, evaluando su obra.

Inmediatamente, casi le rogué recitar Cenizas Guerrilleras, la poesía que aprendí por mi directora de quinto grado. En la medida que brotaban los versos, el rostro de Fidel cambiaba. Se puso atento y serio. Escuchó y aplaudió. Terminé los versos.

Cuando le pedí el abrazo anhelado, venido de la infancia, se levantó enseguida y consumó mi sueño. ¿Entablamos un diálogo, con sus preguntas –Desde cuándo recitas? Respondí -¿Quién te enseñó? -Respondí –No dejes de recitar nunca -Me aconsejó. Y nos separamos solo físicamente.



El abrazo anhelado

¿Desde cuándo recitas?

Al día siguiente de aquel suceso esencial en mi vida, cuando llegué a Palacio, los televisores, mostraban al Comandante escuchando, mirando cómo esta maestra de aula le declaraba su amor, su lealtad, abiertamente ante maestros de todo el mundo. Conectadas en red, las pantallas mostraban también la posibilidad que me dio Fidel, de ser abrazada por su verde querido. Me sentí sanamente orgullosa y vitalmente renovada. En las horas siguientes del Congreso, durante los dos días restantes, la gente empezó a llamarme Cuba. El nombre de mi patria me nombraba. Ese privilegio espiritual también se lo debía a Fidel.

Ya en el día del cierre de Pedagogía, mientras almorzaba en el Círculo Social Gerardo Abreu junto a los miembros de mi delegación villaclareña, alguien que yo no conocía me tocó en el hombro y me dijo: “-El Comandante te ha regalado las fotos de tu abrazo con él”.

Salí de aquel lugar buscando el modo de llegar a las fotos. Al ver mi angustia, se me acercó un compañero, boquitoqui en mano, vestido de guayabera azul cielo, indagando el por qué de mi pesar demasiado visible; le dije brevemente qué me pasaba. -No se preocupe, maestra, si el Comandante le hace ese regalo, usted lo tendrá- afirmó- Ya Lucía me lo había dicho, pero realmente no me quedaba tranquila porque era el día final del evento. Asistí a la sesión de trabajo de la tarde.

Fui a la clausura, con todos, en el Carlos Marx. Volví a ver a Fidel. Estaba feliz. Hubo un momento del discurso-diálogo en que confirmó la fidelidad del magisterio cubano. Me sentí aludida. Cuando terminó el discurso, todas las delegaciones, de pie, le aclamaron, le vitorearon Mi orgullo creció porque me sentía osadamente dueña del hombre loado.

Llegué al dormitorio con la carga de las palabras de Fidel en mi corazón de maestra, allí donde él habitaba hacía tiempo. Alcancé mi cama. Apoyadas en mi almohada, como esperándome, estaban las fotos de Fidel conmigo. Ese gesto suyo superaba mi sueño. Ni siquiera había imaginado la posibilidad de mostrar a mis descendientes nacidos y a los que nacerían, aquel abrazo. Si lo he podido hacer es por Fidel.

Casi terminando el año 1998, pude estar en la Plaza del Che, la Plaza de Todos, recibiendo los restos mortales de Tania la Guerrillera, ante su madre y su eterno novio Ulises, con quien soñó "tener mulatitos" Con la presencia del Comandante de la Revolución Ramiro Valdés, en nombre de la mujer cubana reafirmé el sentido de continuidad de la obra del Comandante. En diálogo abierto con Ita y al mundo, estaba la aureola, la fuerza telúrica fidelista, sedimentada en mi mundo interior.

Cuando volví a la cita mundial de Pedagogía en febrero de 1999, Fidel no estaba, había ido donde Chávez, a su investidura como Presidente de Venezuela en un acostumbrado gesto de solidaridad continental. Después supimos que esta vez era más, era la génesis de realización contemporánea del ideal de Bolívar, de Martí y del Che Guevara.

Al mediodía de la segunda jornada del evento, mientras almorzaba al lado de Lucía, que también había vuelto a la cita, los compañeros de Cined, compartían nuestra mesa y comentaron acerca de una maestra que en el 97 había hablado con Fidel de un modo inolvidable. Ellos tenían la grabación en un casete, en el archivo de la cinematografía

educativa. Antes de que pudiera advertir a Lucía de que no hablara de mí, ella saltó como un resorte y dijo -Miren, ¿se parece a ella? - ¡Claro, si es ella! Los compañeros prometieron traer el casete al día siguiente. Cumplieron.

Fidel volvió de Venezuela y estuvo en la clausura junto al magisterio, como siempre. Habló. Lo escuché desde mi luneta en el Carlos Marx, en medio de banderas del mundo entero y consignas de paz, en una atmósfera de esperanzas al estilo de Cuba y de maestros absortos con el jefe revolucionario. Yo me sentía muy cerca del Comandante, al margen de lo físico. Anunció la reforma salarial para nosotros, valorándonos como él sabía hacerlo. Cuba emergía heroicamente de su crisis económica y los maestros fuimos los primeros en recibir los beneficios.

Exactamente el 9 de febrero de ese año, al regreso del evento más grande de los maestros del mundo, decidí terminar sola la crianza de mis hijos. Mi autoestima de mujer cubana contemporánea estaba menguando y era imposible ya alguna solución cultural para la relación de pareja. No responsabilizo a Fidel con este acto tan serio de determinación personal, pero de algún modo su palabra y su obra estaban en mi autovaloración y, consecuentemente, en mi dignidad femenina defendida.

## **V**

### **LA BATALLA**

A fines de aquel año, 1999, Elián se convirtió en un símbolo, su secuestro y la lucha diseñada por Fidel para liberarlo, condicionaron una nueva dimensión de mi relación con él. La Batalla de Ideas iniciada el 6 de diciembre de aquel año desencadenó un movimiento de masas similar a los de los primeros momentos del triunfo, yo no había vivido ese momento, pero lo he explicado mil veces en mis clases de Historia de Cuba.

El muchachito se nos hizo familiar. La gente quería rescatarlo de las maneras más insólitas. En los actos que se organizaban se expresaba ese deseo gritando una consigna usada en combates tempranos de la Revolución: ¡Fidel, Fidel, dinos qué otra cosa tenemos que hacer! Él sabía que la batalla no podía ser por la fuerza. Martiano siempre, advirtió que había que luchar con las ideas, pues una idea justa desde el

fondo de una cueva, puede más que un ejército, y en la concepción de la batalla, decidió ampliar el campo de combate, sacándolo de la capital.

El primer reclamo de Villa Clara por Elián fue en el mes de enero del año 2000. A partir de las cuatro de la tarde del día 12, el pueblo desfilaba enardecido ante la gigantesca obra de Delarra: nuestro Che en marcha. Los símbolos adquirieron matices especiales. Pensamientos y emociones se mezclaban en consignas de lealtad, condenas al imperialismo, exigencias del retorno del niño a la Patria, que, coreadas por la multitud, poseían una fuerza verdaderamente extraordinaria.



Estrategia de la victoria

En aquella ocasión, desde Santa Clara, junto a otras compañeras estábamos listas dos mujeres sagüeras. Se nos informó que combatíamos bajo el mando de Fidel. Allí en la hermosa tribuna, muy cerca del Che, Mabel Fernández, se preparaba para cantarle al mundo la Suit de las Américas, mientras yo esperaba mi turno para salir al micrófono a recitar la poesía que me había llevado al abrazo con el Comandante. Hablarían solo tres oradores en reclamo de la libertad del niño preso. Anocheció. El desfile no menguaba. De un modo dinámico y preciso recibimos una nueva orden del Comandante: No habría canto, ni poesía, ni discurso. La mejor oratoria, la más alta canción, el poema más bello lo estaba diciendo el pueblo con su presencia arrolladora,

su disciplina consciente y su enérgica intransigencia. ¡Cuánto orgullo sentí al saber que Fidel, siempre estratégico, cambiaba la táctica! ¡Yo era su soldado!

Pasados unos días, cuando abrió de modo coloquial la Feria Internacional del Libro, en febrero, Fidel leyó algunas opiniones del pueblo que reflejaban los sentimientos masivos ante el secuestro del niño y toda la situación creada en torno al hecho. Quedé impactada cuando le oí decir -Aquí tenemos esta otra opinión: Por qué las tribunas solo son en Santa Clara y en la capital. Queremos que se haga una en Sagua y así nosotros también podemos luchar por el regreso de Elián.

El sábado 25 de marzo, el pueblo sagüero tuvo su tribuna. Fijada para las 6:00 de la tarde, fue precedida por un verdadero panal de trabajo, Yanet Sánchez Díaz, Meiby, Tania, Ana María Mari, la pionera Yaimé, el poeta Yoerki Sánchez, la Doctora Isabel Monal y la maestra Maura nos preparamos para romperle la siquitrilla al Imperio. Estaríamos en el terreno aledaño a la Electroquímica, ante más de cuarenta mil personas. Una hora no alcanzó para todas nuestras ráfagas de ideas. Las mías quedaron sin decir, la energía concentrada durante horas en mí no pudo ser verbalizada, pero estaba feliz, aquella multitud enardecida, de modo firme y categórico lanzó al mundo la exigencia: ¡Devuelvan a Elián! Cumplimos con Fidel.

En abril se reclamó al niño desde la Tribuna Abierta de Caibarién. Allí estuve, convencida de que el Comandante seguía al frente de la batalla y de su pueblo. Como mis compañeros, condené al Imperio prepotente que alargaba la entrega del niño.

Cerca del Día de las Madres, en la madrugada del 5 de mayo, tocaron a la puerta de mi casa. Nervioso y casi sin aliento, por la escalera tan alta de mi edificio, el secretario de la UJC municipal me dijo de un tirón. Fidel quiere que estés en La Habana al amanecer. Yo, rayando en el absurdo y totalmente desorientada, respondí con una pregunta de la que todavía me avergüenzo -¿Qué Fidel?- Enseguida reaccioné ante el joven dirigente Fumero que continuó su aviso: era urgente la salida hacia la capital. Sería en unos minutos.

Cuando los compañeros de la UJC se fueron, me senté y puse mis ideas en orden. Fui cama por cama, despertando a mis hijos. Conspiraron conmigo, como solemos hacerlo todavía, abrazándonos duro, duro. -No te preocupes mami, estaremos bien. - En realidad la convivencia nos afectaba mucho a todos, cuando ya no existía el vínculo de

pareja. Aquel abrazo tuvo un montón de lecturas. En el carro que nos fuimos Yanet Sánchez y yo a cumplir con Fidel, llevé a Alejandro para casa de mi hermana Mercedes; Lisandra y Lilita se quedaron con su papá, sin mediar palabras.

Llegamos a la Habana temprano. A las 9 de la mañana entramos en la gigantesca casa de Calzada y K. Enseguida percibimos que era como un auténtico panal de abejas. Un grupo de mujeres cubanas estaban allí, seleccionadas por el Comandante en Jefe, para ejercer el reclamo del niño en circunstancias de absoluta tensión. ¿Quiénes éramos? Una joven estudiante de la escuela vocacional Lenin, una camagüeyana, alumna de la carrera de Medicina, la secretaria provincial del sindicato de la salud de Pinar del Río, una gran académica de la universidad agraria de Artemisa, una profesora escogida para dirigir la escuela de instructores de arte que se abriría en provincia Habana, la directora municipal de Educación de Sagua y la profe Maura ¿Por qué nosotras? Éramos muchas y una sola.

Nos dispusimos a preparar textos de reclamo, donde palpitara el sentir de un pueblo. Trabajamos toda la tarde en la preparación de los discursos que serían dichos al día siguiente, sin embargo, todavía no sabíamos lo específico del momento en aquella batalla que duraba ya casi seis meses.

A las cinco y treinta aproximadamente, las oradoras llegamos al edificio de la Televisión Cubana. Pasamos al set de la Mesa Redonda y cuando nos ubicábamos para presenciar en vivo aquel escenario de combate, ¡llegó Fidel! Levantó una mano y nos saludó desde su asiento. Estuvimos atentas a cada detalle expresado por los compañeros que comparecieron en la Mesa.

Al terminar, Randy leyó, a Cuba y al mundo, el llamamiento a las madres de la Habana, para salir en marcha, reclamando el regreso de Elián, Avanzarían al día siguiente por el malecón hasta situarse en la Tribuna Antimperialista en representación de todas las madres cubanas, mientras la Corte de Atlanta tomaba la decisión más importante para un niño, su familia y su pueblo. Nosotras no hablamos. Ahora comprendimos mejor y nos dispusimos más. De esa manera culminó la trasmisión del espacio ya habitual de la televisión.

El Comandante en Jefe vino hacia nosotras con aquella expresión paternal que yo le sabía. Desde ese sentimiento nos besó una por una. Con profunda ternura nos

preguntó: ¿En qué vinieron desde las provincias? ¿Por qué vía, la central o la autopista? ¿A qué hora llegaron? ¿Descansaron? -Cuántas madres tenemos aquí? ¿Los niños se quedaron con los papás?, ¿Con quién los dejaron? –Tenemos la seguridad de que están preparadas para la batalla que daremos mañana muy temprano. En menos de doce horas estaremos dando esa batalla. Ellos se creen que el niño no regresará y el niño va a crecer aquí al lado de su padre y de sus familiares. Esta familia está sufriendo mucho y también confía en ustedes. Y se despidió diciendo - Nos vemos en un rato.

Salimos de los estudios y por mis recuerdos estudiantiles comprendí que íbamos hacia la Plaza. Ante nosotras el Palacio de la Revolución, sobrio y majestuoso, nos hizo experimentar un sentido de responsabilidad compartida en ejercicio de libertad individual y colectiva. Nunca olvidaré la claridad de los espacios recorridos allí, ni la presencia del verde tropical en plantas ornamentales dispuestas con especial belleza. Pensé en Celia e imaginé sus manos en derredor mío.

Entramos en un salón pequeño, casi al mismo tiempo que Fidel. Permaneció de pie al extremo de la mesa, de frente a todas nosotras, hasta que nos acomodamos. Se sentó y empezó a hablar: -Mañana- nos dijo-vamos a realizar una marcha de más de cuarenta mil madres habaneras que estarán representando a todas las madres cubanas. Tenemos que desenmascarar la maniobra que hay detrás del secuestro del niño y hemos pensado que nadie reclamaría a un hijo como las madres de nuestra patria. Estarán desde muy temprano desfilando y hablando para que el mundo entero vea y oiga lo justo de que Elián regrese con sus abuelas, su papá y la mayor parte de su familia. El niño tiene que crecer en Cuba -Eso es lo justo-continuó Fidel.

De pronto se levantó y fue al teléfono que se encontraba en una mesita chiquita pegada a la pared. Estaba llamando a Rubiera para que le informara sobre el estado del tiempo en las próximas horas. Con el auricular en la mano empezó a caminar de un lado a otro, hasta donde el cable se lo permitía. Colgó y sin sentarse todavía nos dijo - No va llover por la mañana. Tenemos que empezar la marcha temprano, porque por la mañana no a llover. La lluvia es para después del mediodía.

Después de hablar con Rubiera, Fidel llamó a Sara González. Hablando con Sara, seguía caminando de un lado a otro con el teléfono en la mano, como obligándolo a

inclinarse el rostro. Cuando colgó el auricular nos dijo -Sara está un poco afectada, ha dicho que se está cuidando para poder cantar, así es que lo más probable es que esté con nosotros en la Tribuna Antimperialista, mañana.

Aquel diálogo telefónico y su intercambio inmediato con menos de veinte personas, en un espacio tan reducido, tuvo un efecto muy singular en mí. Me acordé de Girón y la imagen de Fidel así mismo, hablando por teléfono, con la cabeza ligeramente ladeada dando largos pasos en su función de Comandante en Jefe, conduciéndonos hacia la victoria. Solo faltaban allí la boina y los espejuelos. Me concentré mucho, pensando dónde estábamos, lo que haríamos... Se empezó a entumecer un lado de mi cara. Me autorregulé y pasé el susto.

Comenzamos a leer los discursos. Primero la estudiante de la Lenin. Era muy culta. Sus referentes estaban por encima de su edad. La muchacha articulaba razones y exigencias al imperio para que devolvieran a Elián. Después la estudiante de medicina, la científica agraria, la profesora de Artemisa, detrás de ella, leí mi texto.

Yo tenía un montón de hojas con tachaduras y enmiendas, aunque en realidad el texto sumaba tres cuartillas solamente. Como estaba nerviosa no separé las hojas y me puse de pie, con todas ellas en bulto. Fidel me preguntó- ¿Y tú vas a decir todo eso? - Respondí -No Comandante, es que aquí están los borradores de lo que he estado escribiendo. Dice Fidel -¡Ah!- Al terminar mi lectura el Comandante me dijo:- Está muy bonito eso que has escrito -Me puse más nerviosa todavía.-Gracias Comandante -Y con la respuesta, me senté.

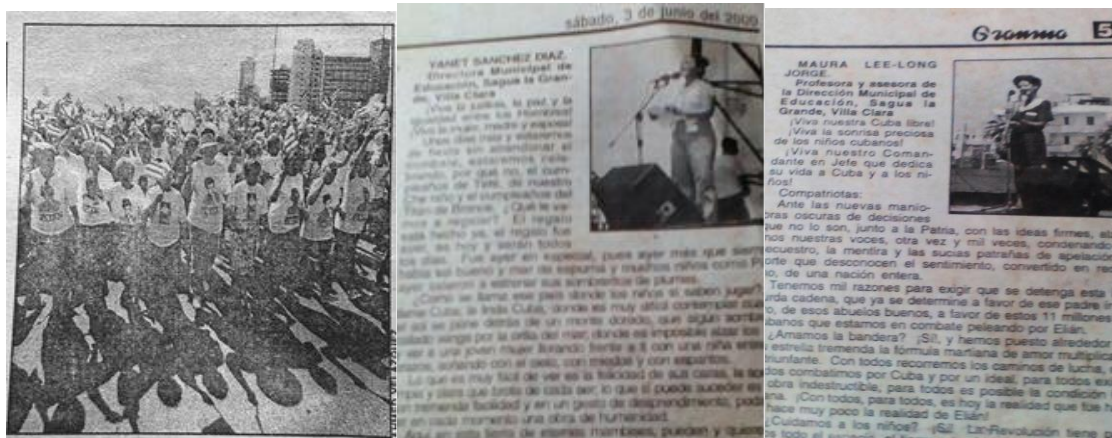
La última oradora refirió en su discurso una expresión ambigua con relación a la familia que retenía al niño. Al terminar de leer Fidel le dijo con precisión: -Busca la segunda hoja, casi al final, debe ser el último párrafo; revísalo, creo que debes redactar esa idea de otro modo, porque con lo que estás diciendo allí puede ofenderse la familia de Elián. No te olvides que la bisabuela del niño es la madre del tío que lo tiene secuestrado. Es Fidel.

Al terminar, quisimos hacernos una foto con el Comandante, y accedió. Me coloqué lo más cerca de él que pude y con cierta seguridad, antes de separarnos le dije- Comandante, yo soy la maestra que le declaró su amor públicamente en Pedagogía, hace tres años -A Fidel le dio gracia la expresión que utilicé con eso de la declaración

de amor y aunque no dijo recordarme, la manera en que se rio de mi ocurrencia, satisfizo con creces mi momentánea vanidad.

Fidel indicó que comiéramos allí y lo hizo con tal delicadeza que provocó entre nosotras un desconcierto respetuoso a su decisión. Al llegar al dormitorio no pude hablar con mis hijos, porque en la casa no había teléfono. Estuve pensando en ellos más de dos horas. Dormí poco. A las 5:30 am ya estábamos en el salón de protocolo de la Tribuna Antimperialista.

A las 6:00 am del 6 de mayo en aquel año 2000 comenzó la Marcha de las Madres. Han pasado años. Recuerdo perfectamente la marcha femenina, maternal, densa y combativa. Recuerdo la excelencia de la música, la belleza de la danza, la voz del niño con los versos de gratitud de Carilda Oliver Labra y recuerdo a Fidel. Estaba junto a Vilma. Lo vi observador sagaz, participante activo, sabedor del triunfo, vinculado a su pueblo, al frente de gente inculdicable, después de seis meses en la nueva batalla.



Las mujeres cubanas, en marcha por Elián

Terminó la marcha, nos juntamos en el salón de protocolo otra vez, vino Niurka, miembro del Comité Nacional de la UJC y nos dijo –Dice el Comandante que ustedes superaron su expectativa -Enseguida el grito unánime de las oradoras - ¡Viva Fidel! - ¡Regresen a Elián!

La capacidad movilizativa de las mujeres cubanas quedó probada una vez más. Las madres cumplimos con el diseño y con el propósito de Fidel. Él estaba satisfecho.

Volvimos al Palacio de la Revolución. El Comandante, personalmente nos llevó a almorzar junto a él.

Al principio, cuando nos sentamos a la mesa, Lazarito contaba sus peripecias pioneriles desde el constante menú del comedor en su seminternado, hasta el por qué se había tirado de la tribuna, hacía unas horas cuando terminó de recitar el Canto a Fidel, en un salto con el que casi tumba al Comandante.

Fidel se reía mucho con las ocurrencias del niño orador. Al reírse, daba con su mano enorme sobre la mesa. Las vasijas cercanas a su mano se tambaleaban. El niño, más de pie que sentado, le dijo-Fidel, vas a tumbar las copas –Y esa vez el golpe sobre la mesa, acompañando la risa, fue tan fuerte que las copas se cayeron. El muchachito con la rapidez de un relámpago miró al Comandante muy serio y le dio un regaño fuerte al estratega de la batalla:- ¿Viste Fidel? ¿Viste lo que hiciste? Te lo dije- Más risas, claro, sin golpes sobre la mesa. Es Fidel

Estuvimos allí varias horas. Tal y como Rubiera había dicho el aguacero fue fuerte y largo. Aproximadamente a las seis de la tarde el Comandante nos dijo -Yo creo que hoy no deben irse, ahorita se hace de noche, está lloviendo todavía. Avisen a la familia que se van mañana. ¿Están de acuerdo? Casi lloro porque estaba loca por ver a mis hijos. ¡Hasta eso sintió Fidel! Siguió diciendo -Y como sé que las madres extrañan a sus hijos, vamos a buscar la forma de que hablen con ellos por teléfono.

Mañana salen para las provincias bien temprano. -Salimos antes que él del salón donde habíamos permanecido. Al ponerme de pie para irnos me di cuenta de que yo no había probado el almuerzo. En cuanto a las seguridades que nos dio desde su sensibilidad sin fin, realmente, todo sucedió tal y como nos dijo.

El retorno del niño libre a la Patria, el 28 de junio del año 2000, no significó el final de la Batalla declarada por Fidel, fue más bien una motivación para seguir cumpliendo un nuevo diseño de combate en el contexto en que Elián se haría hombre.



Crecido, donde Fidel

A pocos días de la llegada de Elián a Cuba, vi a Fidel condecorando a Juan Miguel González con la Orden Carlos Manuel de Céspedes a solo metros de mí, en el teatro Astral. Meiby, nuestra médico oradora, Yanet la juvenil directora municipal de Educación en Sagua y yo, la profe Maura estábamos allí sentadas, entre gente de todo el país, participando en la victoria más trascendental del Comandante en Jefe en las nuevas condiciones históricas.

Jamás olvidaré el inicio de aquel acto: Una niña y un niño muy pequeños cantaron a capela el Himno Nacional. Todos permanecemos en silencio atónitos ante tanta belleza. El momento en que Fidel imponía la medalla al papá de Elián, fue también sublime; empecé a detallarlo, como siempre hice.

Vino a mi memoria el papelito que escribió a Celia el 5 de junio de 1958, cuando descubrió la inscripción USAF (United States Air Force) en un ala del avión “batistiano” que casi mata al campesino Mario Sariol, su esposa y sus cinco hijos. Recordé que, en el papelito, le decía a su compañera de luchas: “Al ver los cohetes que tiraron en casa de Mario, me he jurado que los americanos van a pagar bien caro lo que están haciendo. Cuando esta guerra se acabe, empezará para mí una guerra mucho más larga y grande: la guerra que voy a echar contra ellos. Me doy cuenta que ese va a ser mi destino verdadero” (12) Salí del Astral experimentando la sensación de triunfo fidelista y de humilde privilegio.



### Erguido triunfador

Esta vez me conmocionó su figura totalmente recta, firme; el traje, de ceremonia, color verde olivo, con charreteras en chaqueta de gala. Lo detallé con el corazón: El Comandante especialmente erguido no tenía una sola curva en su cuerpo. Su barba mítica ya era casi totalmente canosa; desde donde estaba podía apreciar su pelo alisado y su rostro tranquilo, sereno, como lo que era: un triunfador sobre el Imperio.

El día 24 de julio supe que al fin podría mudarme sola con mis hijos, si vencía, en horas, barreras culturales y burocráticas. Aquellas eran mis circunstancias cuando fui convocada ese mismo día para hablar en nombre de la mujer cubana el 26, en la Plaza del Che; Villa Clara se ganaba la sede de la celebración. Expliqué a los compañeros lo que me sucedía. Yo no podía salir de Sagua sin mis hijos, debía terminar trámites. Recibí la respuesta altruista del Partido Comunista en la persona del compañero Díaz-Canel, Primer Secretario villaclareño de aquel momento. Mis hijos estarían conmigo. Siendo así, nos llevaron para la capital provincial.

El día 25 ensayamos hasta bien entrada la noche y el 26 de julio del año 2000, Fidel y yo nos juntamos nuevamente en el mismo espacio físico de celebración y sueños. Durante el acto, la presidencia permanecía de pie a poca distancia del área de la tribuna y en la parte delantera de esta, fueron situados los micrófonos. Mis hijos estaban en segunda fila. Caminando hacia el pódium, ladeé la cabeza y encontré la

mirada del Comandante. A su lado, Díaz-Canel. Expresé, con dignidad revolucionaria, antimperialista, las ideas que había ordenado, en nombre de mi pueblo.

Mientras leía mi discurso, en un momento en que alcé la mirada vi al Jefe de la Revolución, decirle algo a Díaz-Canel, señalándome. Se me reseco la boca. Me repuse. Seguí mi discurso. Concluí estableciendo una atrevida empatía de preguntas-respuestas con la multitud, como hago con mis alumnos. La gente respondía afirmativa o negativamente, a mi provocación combativa, enarbolando ideas definitivas para la multitud. Terminó el acto. Volvimos a la casa y claro, en mis hijos y en mí, Fidel. Al día siguiente salió en el periódico *Vanguardia* la foto de Fidel en el gesto que me había impresionado. Mi conexión con él fue mayor.



El gesto impresionante

## VI

### REALIZACIONES CONCRETAS

Cuando supe la idea de Fidel, del estudio como empleo para jóvenes, me autopropuse para cumplir con eso desde el primer momento. No medí la magnitud mediata del asunto, pensé más bien en lo urgente y en qué hermoso resultaría la acción más apremiante: censar, tocar a las puertas de los desvinculados que tuvieran menos de 29 años, ofreciéndoles la escuela como alternativa. Se les pagarían 100 pesos y eso de seguro les atraería. Lo que más me gustaba realmente era el universo hacia el que debíamos ir: jóvenes desempleados, exreclusos, muchachos en libertad condicional,

sancionadas por ejercer la prostitución con asedio al turismo en la capital, en Varadero y en Cienfuegos, madres solas, desertores de becas.

Era la cara fea de la sociedad, tenida en cuenta por Fidel, advertida por él, que con su fe infinita en el cultivo de la virtud y en la transformación posible del hombre, les estaba dando a esas personas desorientadas y perdidas en su propio yo, la posibilidad de ser incluidos y de construir una vida de dignidad y crecimiento como la mayoría de sus coetáneos en Cuba.

Durante el mes de julio del año 2001, supimos la urgencia: debíamos comenzar con los jóvenes captados, sentados en las aulas, en septiembre. No habría vacaciones. Trabajamos febrilmente, como sabíamos que Fidel quería, Reina, Maité, Víctor, Gladys, Caraballo, Magdalena. Éramos muchos, como siempre que Fidel llama. Tras lograr más de 1000 inscritos en Sagua, Sitiecito y la Isabela ¿cómo dejarlos? Informé a mis dirigentes del MINED municipal la decisión de mantenerme junto a aquel magnífico equipo en la escuela que acogería a los jóvenes marginales de Villalegre, Pueblo Nuevo y el Reparto 26 de Julio.

Estuvimos juntos cada tarde de 5:30 a 8:30. Logramos para la escuela una gigantografía que Tamara nos regaló con la imagen del Comandante. Su rostro gigantesco en posición reflexiva, como un maestro sabio que es, que sigue siendo, evaluaba indistintamente todo lo que hacíamos. Fidel estaba con nosotros todo el tiempo. Si era necesario notar, yo ponía la foto enorme frente a todos, antes de entrar a clases; a él atribuíamos los éxitos, y al final, un ¡Viva Fidel! nos empujaba a las aulas con la energía que el Jefe de la Revolución nos daba. Si el diálogo educativo era de reprimenda, los responsables eran situados cerca del cuadro del Comandante, en su lugar habitual, con la privacidad que imponía la dirección de la escuela, porque en realidad ¿con quién quedaba mal, el que mentía teniendo dos empleos, el que faltaba a clases o el que no estudiaba lo suficiente? ¡Con Fidel!



Este Fidel, siempre con nosotros

Sabiendo lo que quería el Comandante en Jefe, acordamos en el colectivo formar un círculo infantil ante las ausencias de algunas muchachas, por no tener quien cuidara de sus hijos. Así resolvíamos el problema (a la manera de Fidel). Nos autorizaron. María de los Ángeles, educadora del Círculo *Osito de Peluche* vino con nosotros. María, que era un resultado profesional de los programas de la Batalla de Ideas, también tenía hijos pequeños y los traía a nuestra escuela. Enseguida comprendió la nobleza de su labor y la hizo con excelencia. Preparamos un local en la planta baja y lo convertimos en espacio de amor. Allí permanecían hasta terminar las clases. Llevamos hasta meriendas para los niños. Aquello era verdaderamente hermoso, todos juntos haciendo lo que teníamos que hacer de manera natural. Adiós ausencias.

Curiosamente, con la capacidad infantil de apreciar la verdad y decirla ingenuamente, una niña de solo seis años que conocía bien lo que hacíamos, le dijo un día a su abuela: -Abue, Maura es la novia del Comandante, siempre está hablando de él, tiene una foto grandísima de Fidel en la escuela y no la deja quieta en su puesto. Era la hija de Tamara Morales, la rojita, que venía frecuentemente a la escuela y se quedaba con nosotros en el local donde cuidábamos a los hijos de las muchachas para que pudieran permanecer en las aulas. Ella era bien despabilada y le confió a su abuela Suco lo que veía cada tarde allí.

Creo que fue un verdadero privilegio construir la dimensión humanista del pensamiento de Fidel, después de mis cuarenta años, consecuentemente con todo lo que ya había

vivido en mi vínculo con él, desde la escuela. Llevar a la práctica su lenguaje de futuridad, en un escenario concreto, con seres humanos concretos, vivir con ellos su transformación, desde el absurdo hasta la emancipación humana, haber hecho lo que quería Fidel que hiciéramos, esa fue una prerrogativa innegable.

Por ejemplo, lidiar con un marido ebrio que perdió la posesión psicológica sobre su esposa redimida en las aulas; percibir la violencia de una muchacha aterrada que se deshizo de su hija pequeña y a los tres meses de estar en la escuela, decidió buscarla; estar también en el amor de un exrecluso, con trenzas largas y en defensiva, que hoy, especialista en Medicina Interna, confiesa haber recuperado su confianza en la especie; compartir con un débil auditivo que venía cada tarde a la escuela, desde la comunidad de Jumagua en una bicicleta, que había sido de su abuelo y saborear con él la alegría de su graduación como Licenciado en Cultura Física; estar en el momento en que una muchacha linda de pelo largo, agradeció a Fidel el hecho de haber sido aceptada en los primeros días de la escuela que él creó para colmar su marginalidad de autoestima altísima, verla llorar recordando cuando llegó al centro, con un pañuelo como saya, preguntando con desfachatez ¿Este es el curso de los 100 pesos?.

Cada tarde trabajamos en la salvación de Dagmara, Adalberto, José Antonio, Alain, Moisés, Tahimí, Alexander, Yasmany, Michel y 439 jóvenes más. Los sentimientos que experimentaba por el Comandante tenían que arraigarse repartidos en su escuela de inclusión y cariño. Todos ellos lo sabían.

Con el Curso de Superación Integral para Jóvenes, Fidel nos daba una nueva lección, haciendo añicos la idea mezquina y simplona de que los marginales carecen de virtudes personales, que son gente fracasada, esencialmente malos.

Nos enseñó que en realidad esos muchachos, no ya tan muchachos, eran una reserva social en las comunidades urbanas y rurales, a los que debíamos llevar aportes al espíritu, estimulando lo que tiene de superior el ser humano, su autoestima, su alegría, su posibilidad de crecer.



### Inclusión: aspiración de Fidel

Fidel nos preparó con argumentos reforzados en la práctica, para reconocer a esos jóvenes sin empleo como un serio indicador de nuestro deterioro social, a los que no solo educamos, sino de los que teníamos mucho que aprender, como aprendimos, en la plenitud de su humildad, de su ser generoso y agradecido.

En diciembre de 2001, el Fórum Nacional de Ciencia y Técnica, me permitió compartir con pioneros y jóvenes creadores una de las ideas más hermosas de Fidel: la idea de la resistencia ante las limitaciones materiales impuestas por el bloqueo, porque como el mismo dijera, la extraordinaria inteligencia de nuestro pueblo no puede ser bloqueada. Casi en el momento de la clausura del evento, Israel, el jefe de la delegación villaclareña me informó que debía intervenir en el acto diseñado a manera de Tribuna Abierta. Fidel haría las conclusiones del Fórum como lo había hecho ininterrumpidamente desde la fundación de estos eventos.

Preparé mis palabras de maestra. Una vez más hablé ante Fidel. Él clausuró el Fórum. Su discurso aquella noche, reconoció la importancia de la Geografía de Cuba y diseñó en minutos el curso de esta materia para el aula nacional de Universidad para Todos. Después del acto, el Comandante se acercó a los oradores para conversar. Un pionero de Cifuentes le propuso a Fidel, que nos regalara su firma en el Reconocimiento que nos habían entregado solemnemente. Fidel accedió.

En el momento en que él firmaba los diplomas, complaciéndonos a todos, me miró y me dijo-Maura, ya no tuve que preguntar por ti, ya yo sé quién tú eres. - Me lo creí. Una sana vanidad, otra vez, invadió mi amor multiplicado al Jefe de la Revolución Cubana.

Esa expresión suya y su firma en mi diploma son los tesoros que guardo de aquel encuentro.



Su firma es mi tesoro

## HACIA EL SUR

El domingo 19 de enero del año 2003, después de ejercer el voto en elecciones generales, se juntó la delegación cubana al III Foro Social Mundial de Porto Alegre, con la convicción de hacer real la posibilidad de un mundo mejor. A las nueve de la noche me despedía de mi hijo, en la escuela de Trabajadores Sociales de Cojimar, recomendándole que cuidara bien a sus hermanas.

Ya estábamos todos. Íbamos a participar en aquel evento universal compartiendo con los humildes las ideas puras de Fidel, en la urgencia de contrarrestar la filosofía del despojo y la injusticia ejercida sobre millones de seres humanos. Íbamos a luchar contra el ALCA y su burdo diseño de privatización sin límites. Íbamos a dismantelar la imperial obsesión de sofocar a la joven Revolución Bolivariana

La primera alegría me la dio Yanet cuando nos encontramos. Ella estaba en la Habana, cumpliendo con una tarea de Fidel, al frente de la Secundaria Básica Experimental José Martí, poniendo su carisma, su lealtad, su inteligencia y su belleza juvenil, al servicio del ideal del Comandante en Jefe. Hablé muchísimo con ella. Experimenté una sensación de privilegio por haber contribuido a la formación de esta educadora, como dirigente de la educación cubana, ¿quién nos había unido en la vida profesional y personal: ¡Fidel!



Fidel, Yanet y las realizaciones concretas

Al día siguiente de la llegada a la villa se inició la preparación de la delegación; valiosos compañeros impartieron temas necesarios para profundizar nuestra visión del acontecer mundial, continental y nacional. Tuvimos con nosotros a algunos familiares de los 5. Viví cada minuto con la intensidad de mis cuarenta y seis años.

Solo nos quedaban horas en Cuba, cuando supimos que Fidel nos esperaba en Holguín. Estaba allá, en su provincia natal, porque el día anterior había ejercido su derecho ciudadano a elegir y ser elegido. Explotamos de alegría. Aquello fue una locura. Nos abrazábamos sin conocernos bien todavía. Como puestos de acuerdo gritamos juntos ¡Viva Fidel! Disciplinadamente fuimos para Holguín en un vuelo que duró minutos. Preciosa ciudad.

Nos reunimos en el teatro de la sede provincial del PCC. El local, emitía un ambiente patriótico: decorado con los matices de la enseña nacional. En sus paredes interiores tenía colocadas las pinturas gigantescas que reflejaban los rostros de René González, Gerardo Hernández, Ramón Labañino, Fernando González y Antonio Guerrero.

Ya estábamos todos sentados y entró Fidel, venía acompañado de Ignacio Ramonet que andaba por esos días escribiendo sus Cien Horas... Puestos respetuosamente de pie, otra vez estallamos de júbilo dado en aplausos y más aplausos. El Jefe de la Revolución nos hizo una seña para cerrar ya la ovación, invitando a sentarnos, con un gesto, como acostumbraba. Yo también siguiendo un hábito, centré toda mi atención en él. Su rostro expresaba alegría paternal, lo vi un poco más canoso que hacía dos años atrás y me dolió la elemental verdad de que Fidel estaba envejeciendo. Pero cuando él empezó a hablar, con sus ocurrencias y sus lecciones dichas en la intimidad de aquel espacio, cualquier pigmentación, cualquier rasgo físico del paso del tiempo en mi Comandante, perdió importancia.

Desde su condición de maestro sin par, Fidel nos explicó las circunstancias políticas en que viajaríamos, cómo andaba el continente, nos alertó acerca de la trascendencia del golpe frustrado a Chávez en el último abril, rechazó junto a nosotros la inescrupulosa injerencia que pretendían los círculos de poder con una supuesta inspección a Venezuela. Habló del Foro de Davos como expresión de la hegemonía mundial de los poderosos y comprendimos mejor el sentido del Foro Social Mundial de Porto Alegre. Con su palabra el Comandante nos convirtió en protagonistas conscientes de la delegación cubana, portadores de una profunda combatividad ideológica, diseñada a su estilo inconfundible de dar la batalla.

Los argumentos dados por Fidel adquirieron un sentido personal y colectivo para cada uno de nosotros. El tiempo era escaso, pero aun así, algunos miembros de la delegación hicieron sus intervenciones. El compañero Abel Prieto, entonces Ministro de Cultura de Cuba, explicó cómo estaríamos organizados en dos instalaciones fundamentalmente, la Casa Cuba y el Gimnasio Gigantinho, que forma parte del complejo del Estadio Beira-Rio, aunque eventualmente tendríamos la pelea también en los predios de la Universidad y en todos los espacios públicos reconocidos como escenarios del Foro.

Finalmente, el Comandante, nos dijo -Y si les voy a decir realmente lo que pienso, pienso que aquí están los mejores hijos de Cuba. ¿A quiénes vamos a enviar al combate? Vamos a enviar al combate al nieto del Titán de Bronce, a nuestros niños vencedores del regreso de Elián a la Patria, a nuestros campeones olímpicos, a los familiares de nuestros cinco héroes, presos injustamente en cárceles del Imperio, a nuestras federadas, a nuestras maestras, a los jóvenes cultos que saben cómo guerrear con las ideas, a nuestros cantores y artistas que saben triunfar con su arte. Entonces, confiamos en ustedes.

Tengo para ustedes una propuesta, me dicen si están de acuerdo. Ustedes han comprendido la esencia de la participación de Cuba en el Foro Social. Entonces ¿qué les parece si ahora cuando lleguen a La Habana, deshacen el equipaje, sacan una parte de la ropa que han pensado llevar a Porto Alegre y así el peso del avión puede ser principalmente de libros? Los libros escogidos para llevar al Foro, son nuestros misiles en la batalla que estamos librando y en la batalla que libraremos allí ¿qué les parece? ¿Están de acuerdo?

Un rotundo ¡síííí! hizo vibrar las paredes del salón holguinero. Otra vez como puestos de acuerdo, gritamos - ¡Viva Fidel! y empezamos a cantar Cuba, ¡qué linda es Cuba! Casi al final de la canción Fidel se despidió de nosotros con su brazo en alto.

Salimos de Holguín al aeropuerto José Martí, allí aligeramos la carga para asegurar espacio a los libros y ¡partimos al sur! La actividad desplegada por Cuba en el Foro tuvo el sello de Fidel: repartimos los libros gratuitamente, en múltiples espacios, pusimos en manos hermanas del continente y del otro lado del mundo, textos como Voces del Milagro, El Juicio de los 5, Biografía de José Martí, De América soy Hijo, entre muchísimos otros títulos. Apoyamos con nuestra presencia comprometida las verdades dichas en el Foro por Evo Morales, estuvimos compartiendo la ironía culta de Eduardo Galeano dada en sus comentarios acerca de Las venas abiertas de América Latina, y permanecemos durante horas esperando hasta su valiente aparición al Comandante bolivariano Hugo Chávez Frías.



Junto a Chávez, por Fidel

Este último acontecimiento nos permitió combatir en un sentido menos figurativo, más realista cuando Chávez llegó, la mayoría de los cubanos, incluyendo los niños, estábamos bien cerca de la enorme puerta de cristal por la que entraría al Palacio del Gobierno de Porto Alegre. Llegamos fácilmente junto al Presidente bolivariano. Stevenson y Juantorena le cubrieron la espalda y un lateral. Chávez con su jovialidad humilde dialogó brevemente con nosotros- ¿Cómo está Fidel? - ¡Bieeeeeeeeeen! Conversó más, pero la bulla de la gente no me dejaba oír lo que decía. Me escabullí, acercándome lo más que pude y retraté al mejor amigo de Cuba.

El Presidente de la FEU de la Universidad de Oriente, comenzó a decir alto: - Chávez amigo, Cuba está contigo- y aquello se hizo coral. Un grupo inmenso de jóvenes argentinos que se autodenominaban *Los Piqueteros* iniciaron otro coro convocando y saltando: ¡Alerta, alerta, alerta que camina, la espada de Bolívar por América Latina! Lo repetimos cerca de cien veces, hasta quedarnos roncós. Era, en vivo, América misma, enardecida y jubilosa. Entre gritos de unidad continental vi a Chávez entrar al edificio y permanecí junto al cristal hasta que se perdió en el inmenso salón.

De pronto, Stevenson -dijo fuerte: Compañeros están echando gases lacrimógenos, y no vamos a huir. Protegimos a los niños con nuestros cuerpos. Los campeones se tiraron de aquella entrada del gobierno que resultó ser una placa, bastante alta con respecto a la calle. Entonces me di cuenta que estábamos alto, pues habíamos subido por una rampa cuya elevación no percibí por el entusiasmo.

Nuestros campeones se situaron justo debajo de la orilla de la placa donde nos encontrábamos, el resto de los hombres fueron bajando a los niños de modo riesgoso, pero los brazos de los campeones los tomaban en el aire y no se cayó ni uno solo. Salieron con ellos cargados alejándolos del lugar. El Presidente de la FEU de la universidad oriental se desplomó cuando los gases les llegaron a los ojos. Corrimos junto al muchacho y una doctora de la delegación le dio primeros auxilios. Estábamos impresionados.

La policía se retiró y se restableció la calma. Solo entonces salimos de allí. Ya el dirigente juvenil estaba mejor, sus ojos enrojecidos matizaron nuestra indignación dicha en el reclamo que el afectado, caminando a tientas reinició con un grito de: ¡Alerta, alerta, alerta que camina, la espada de Bolívar por América Latina!

Así emprendimos el regreso al hotel. La experiencia adquirida me había concedido la posibilidad de vivir un sentido a través de la acción, en situación excepcional mientras contribuía a la transformación de un mundo que debe ver germinar valores completamente opuestos a aquel pasaje imborrable.

El último día del mes de enero volvimos a la patria. Jamás olvidaré la sensación experimentada desde el aire cuando vi a Cuba. Distinguí a mi caimán nítidamente, afloró la entrañable historia de mi país y me pregunté ¿cómo puede traicionarse algo así? ¡Qué alegría sentí! Esa alegría creció al saber que iríamos al Palacio de Convenciones donde el Comandante casi ya clausuraba la III Conferencia Internacional por el Equilibrio del Mundo.



Retornar a la Patria, reencontrar a Fidel

Llegamos a Palacio en el momento en que el locutor presentaba al Comandante. Todo de azul, totalmente erguido. Fidel se dirigió al pódium. Escuché atentamente las lecciones de aquel día a la luz de las enseñanzas de Martí, en la voz de su mejor discípulo. Fidel enfatizó que nuestras armas son las ideas. Una vez más argumentó la significación de la cultura como recurso emancipatorio del ser humano, convocó a compartir el privilegio de tener a Martí, invitó a renovar las formas que hacen posible la participación popular en vida de las sociedades con la mayor equidad, sin exclusiones, le concedió el innegable valor a la fraternidad, reafirmando el rechazo a la ferocidad histórica del Imperio. Aquel encuentro nuevo con mi Jefe de Estado, tuvo otra vez matices perdurables. Desde mi asiento, escribía rápido las palabras del Comandante, con una emoción adicional, pues en la hilera delante de mí, estaba el niño Elián González Brotons, con toda su familia. Arrancando una hoja de mi agenda, le escribí una cartica con dibujos, al estilo de la primera página de la revista Zun-Zun, para que Elián leyera.

## **DENTRO DE LA REVOLUCIÓN**

En octubre del año siguiente se juntaron los primeros instructores de arte graduados en las EIA cubanas. Como Fidel hizo nacer el programa en Villa Clara, que a decir verdad eran los resultados del país, el Comandante decidió premiarlos por eso también.



Fidel los pensó, los sintió, los hizo.

Conocía bien a los sagüeros que, después de cuatro años de estudios, alcanzaban la condición de instructores de arte, bajo el liderazgo excepcional de Pedro Díaz: Yudiet, Liliana, Yunié, las dos Ailyn, Yelena, Ismel. Ya en ese momento, habían estado en las escuelas dejando a su paso una ola de sensibilidad e implicación, portadoras del sentido pleno del arte, original e imaginativo, ya estimulaban la apreciación estética y la expresión creadora a través de los diversos lenguajes del arte. Eran solo indicios nada tenues de lo que harían luego.

A las 2:00pm comenzó la movilización hacia la Plaza, estábamos tan entusiasmados que convertimos la alegría en disciplina y en una dinámica de participación consciente. Era el Día de la Cultura Cubana y esta vez la celebración sería en la Plaza de singular significación para nosotros, junto al Che y al Comandante en Jefe. Tal y como Fidel había dicho en junio de 1961, el arte no estaba yendo al pueblo, sino formando parte del pueblo. Jóvenes estudiantes y recién graduados protagonizaron la gala cultural, junto a la vanguardia artística, realizando el vaticinio sustancial de Palabras a los Intelectuales. Una orquesta juvenil de guitarras sonó hermosísima en la Plaza. Después Fidel entregó los diplomas a los mejores graduados. Al percibir indistintamente el silencio o la algarabía de la juvenil multitud, sentí: “otra vez son sus muchachos, agradecidos cerrando una etapa de sus vidas e iniciando otra, con el privilegio de la compañía de Fidel”. Vino al pódium y puso el colofón.



Nuevos jóvenes con Fidel y Che

El final del discurso llegó como convocatoria del Comandante a sus nuevos jóvenes para avanzar siendo portadores de banderas humanas y cultas con certeza de la futuridad. Les dijo: “¡Adelante, abanderados de la cultura y el humanismo! ¡Toda una vida de gloria les espera!” (13)

Descendía de la tribuna. Enseguida se escuchó un rumor alto, como de alarma, seguido de aquel larguísimo silencio en que no comprendíamos lo que estaba pasando. No veía, desde mi lugar, el detalle de la plataforma, pero algo había pasado y estaba relacionado con Fidel.

Al rato, lo supe por él mismo. Fidel habló bajo, desde otra posición que no era el pódium. Dijo: “Queridos graduados; queridos villaclareños y demás invitados: Les pido perdón por haberme caído. Seguramente... Bueno, observo, y para que nadie especule por ahí, que tengo alguna fractura en la rodilla y tal vez una en el brazo, tal vez, no es muy seguro todavía, pero estoy entero. Me da pena, únicamente, el mal rato, el posible sufrimiento que les ocasioné con esto.

Y siguió: -Ahora estaré muy interesado por ver la foto de cómo me caí, la prensa internacional lo ha recogido y seguramente mañana está en las primeras páginas de los periódicos; pero créanme que no estoy triste, me siento lleno de felicidad por este acto y por lo que acabamos de ver, lo que acabo de ver, una de las más agradables experiencias de mi vida, y he tenido muchas experiencias agradables, al lado de las cuales nada tiene importancia. De modo que cuenten con que haré todo lo posible por recuperarme lo más pronto posible; pero, como ustedes ven, puedo hablar, aunque me enyesen, y puedo continuar mi trabajo. Por aquí viene un carro, porque no quiero moverme de aquí en ambulancia, me voy en un yipi, ese carro no me gusta, ¿no hay un yipi? Bueno, pues no hay un yipi, así que no me pueden complacer.

Me despido de ustedes, y les voy a rogar una cosa, que no suspendan el acto cultural, que han trabajado muchos artistas, y, complázcanme, por favor, no quiero tristeza, quiero alegría, quiero felicidad para todos.” (14)

Las palabras de Fidel se interrumpían por aplausos y exclamaciones. En medio del dolor físico que debió provocarle angustia, el Comandante en Jefe se disculpaba por lo

que él llamaba mal rato de los otros. Fidel se estaba excusando por su caída involuntaria que cada uno de los presentes hubiera preferido para sí.

Pero, además, en circunstancias que hubiesen disminuido a cualquiera, Fidel ratificaba su negativa a sentirse derrotado, provocando la risa masiva de todos con sus ocurrencias acerca de las barbaridades de la prensa mundial, la previsión del yeso que le pondrían y su posibilidad de seguir compartiendo las ideas, aún enyesado.

Hizo que nos riéramos porque, con un gran sentido del humor, como un niño, declaró el rechazo que hacía a la ambulancia, confesó su esperanza trunca en la aparición de un yipi salvador y terminó resignándose al carro médico que le desagradaba tanto.

Una sola orden había en sus palabras, a manera de súplica. Fidel estaba prohibiendo la tristeza. Naturalmente, tuvo que insistir en el propósito. Ya de viaje hacia la capital, reiteró la singular orden. Hizo llegar otro mensaje a los graduados y sus familiares, que permanecían en la Plaza. Solicitó trasmitirles:

"Les ruego encarecidamente que hagan la actividad. Me siento bien y adoptando las medidas pertinentes para recuperar la salud lo más pronto posible. No me sentiría feliz si suspenden la actividad. Les deseo felicidad y toda la alegría que merece la forma en que han cumplido la tarea". (15)

Realizó una llamada para saber la respuesta. Recibió el reclamo de los muchachos. Querían escucharlo a él, para saber cómo estaba. Viajando todavía, el Comandante pidió acercar el teléfono utilizado a un micrófono, se amplificó la voz del Jefe de la Revolución Cubana. Fidel dialogó con los festejados más de quince minutos, y a través de dos graduadas destacadas, les preguntó detalles de la actividad recreativa, dijo que le mantuvieran al tanto y que hasta podían filmar la fiesta. Así fue.

En abril del año siguiente Fidel entró triunfal al Congreso de la UJC, abanderado. Todavía me parece verlo sosteniendo el asta, a la altura de su cintura. Respiré aliviada.

Es de imaginar que, en 2005, mis tres niños ya andaban persiguiendo sus anhelos a fuerza de mucho libro y de mucha escuela: Alejandro estudiaba su carrera universitaria beneficiado por el Decreto 91, cuyo amparo cubría los gastos de la trayectoria estudiantil siendo becario y además preservaba el 90% de su salario de trabajador de ELQUIM, como técnico medio en contabilidad. Lilita decidía su futuro en la Escuela Vocacional Militar Camilo Cienfuegos de Villa Clara y Lisandra a punto de graduarse, bailaba, enseñaba a bailar con su grácil figura y su versatilidad dada en la EIA fundada por Fidel.



Al amparo de Fidel

El día 28 de octubre de aquel año, me acerqué a Fidel nuevamente. Ahora era la mamá de una preciosa instructora de arte, que se graduaba en la especialidad de danza. Desde el día anterior una impresionante caravana de ómnibus Yutong serpenteaba la amplísima carretera de ocho vías incorporando más y más familiares, en la medida que pasábamos por las provincias que distan entre Villa Clara y la capital. Desde mi guagua no alcanzaba a ver la última. Íbamos a la segunda graduación nacional de instructores de arte y la movilización era descomunal, como bien dice García Márquez, que son las ideas de Fidel

Llegamos a la escuela Eduardo García Delgado. Familiares y graduados fuimos concentrados en dormitorios distintos. La graduación sería en la Ciudad Deportiva.

Hay un hecho de la víspera, que todavía me da mucha gracia, como si el Comandante hubiera conspirado conmigo aquella noche. En realidad, nos dio otra lección de esencia y coherencia: A partir de las nueve de la noche, unas pocas madres en todos los cubículos empezaron a sacar del equipaje zapatos caros y ropa poco común, los percheros dispuestos en ventanas y en cuanto puntilla había, mostraban variedad de colores, diseños, texturas. Hubo también ensayos de maquillajes de todo tipo, marbelline, sombras multicolores. Hubo pruebas de cómo manejar tacones altísimos, siempre combinados con los vestuarios de los que serían la máxima expresión del ornamento al día siguiente.

Yo, en silencio, trataba de comprender aquel desfile de modas, minoritario y absurdo. En derredor mío, muchas madres tampoco entendían nada. Mirábamos desde las camas, pidiendo que apagaran la luz para poder descansar. Cesó el trajín, se hizo un silencio que duró poco, porque un grupo de jóvenes irrumpió en el dormitorio gritando: - Vamos, de pie, que les traemos un regalo del Comandante-. Otra vez al suelo. Los muchachos venían con unas cajas enormes, ¿Qué traían? Estaban llenas de pullovers azules, para todas las madres. La distribución fue rápida. Advirtieron: - Dice el Comandante que se verán muy lindas mañana con este pullover, todas iguales, en las gradas de la Ciudad Deportiva. -Sonreí internamente por esta nueva lección del Comandante que expresaba: diferencia cero. Es Fidel.

En efecto, la participación de las madres en el acto nacional de graduación fue masiva y entusiasta, nos sentíamos cómodas y estábamos uniformes. Veíamos a nuestros hijos situados más cerca de Fidel. ¡Nos habló tanto! Aclaró para todos, la condición juvenil de artistas y educadores de los egresados, ofreció soluciones para la disyuntiva MINED-MINCULT, que ya era una locura y realizó su ejercicio favorito de pensamiento, ilustrando con ejemplos concretos, la singularidad que ya se percibía en la transformación de seres humanos, a partir de la entrada de los instructores de arte en las escuelas y en las comunidades.

Cuando terminó el acto traté de encontrar la salida que quedaba más próxima al lugar donde estaba Fidel. No podía salir de allí sin disfrutar de la cercanía de mi Comandante en Jefe, aunque fuera momentánea. Indisciplinada, me había ido corriendo en el espacio de los familiares de modo que estaba más cerca de él que en el momento en

que me senté al llegar. Mis ojos del amor lo vieron agotado, paradójicamente vital, lo vi más noble en su ancianidad, contento de sus muchachos, vivo, como el que no descansa, con la satisfacción de los inconformes, de los que siempre quieren hacer más.



Son sus muchachos

Volví a la casa con mi nueva abanderada de la cultura y el humanismo, graduada, como su mamá, por Fidel.

## **LA PRISA DE LOS INCONFORMES**

A veces he pensado que, a Fidel, como a Martí, le ha resultado escaso el tiempo para hacer. En 2006, ya casi con 80 años, el Comandante en Jefe mantenía un ritmo de trabajo intenso, más aún si se considera que esa era la regularidad habitual en los últimos 60 años de su existencia. Estaba claro que, en ese momento, Fidel no dormía lo suficiente. De modo permanente cubría sus responsabilidades continentales viajando a los países del ALBA y Mercosur, seguía estando en las celebraciones y conmemoraciones nacionales, pronunciando extensos discursos con profundas enseñanzas, graduaba médicos, hacía recorridos, visitaba escuelas, clausuraba eventos.

Por ejemplo, una mañana de sábado, cuando la tribuna abierta programada, ya estaba en marcha, empezó a llover y Fidel, no aceptó la protección. Ni se movió, siguió

hablando, se quedó parado donde estaba, no se guareció. Se había desmayado en otra mañana de aquel mismo año, haciéndome pasar, como a todos los revolucionarios, un gran susto, esa mañana desde que sentí su voz quebrada, supe que le pasaba algo. Fidel se desmayó y al día siguiente salió una nota suya en la prensa: Estoy entero.

Pero hay más: Fidel estuvo, durante semanas reuniéndose con las mujeres cubanas, cada jueves para pulsar los efectos de la Revolución Energética. Por mi parte, hice lo indecible por no perder un solo programa de aquellos. Como en ese tiempo trabajaba en Santa Clara, a 49 km de mi casa, cambiaba las clases de por la tarde, buscando la manera de retornar temprano, violando las normativas, para estar con Fidel a las 5, a ver qué iba a hacer, qué iba a decir.

No ha existido en todo el tercer mundo, ni en el segundo, y mucho menos en el primero un solo jefe de estado, como Fidel, conocedor de la especificidad de la cocina, donde funcionamos las mujeres, en circunstancias de subdesarrollo. Mucho menos han existido jefes de gobierno proyectados por mejorar un aditamento para humanizar, machismo al margen, el acto cotidiano de la cocción de alimentos. Fidel sabía que las juntas de las ollas se rompen rápido, que las cafeteras suelen no colar bien si se ha gastado la gomita que llevan, sabía cuán importante puede ser aligerar la estancia de nosotras ante la meseta y su fogón en nuestra segunda y agotadora jornada.

Guiados por lo común de la relación gobiernos-pueblos, es tan poco explicable ese hecho de sensibilidad gubernamental, que a veces, mirando al Comandante, desde la sala de la casa me parecía que mi Fidel anticipador, estaba apurado por dejar resuelto un asunto sensible, cimentado en la conciencia cotidiana de las mujeres cubanas, porque él, sabedor del heroísmo anónimo de miles de nosotras, siempre reconoció el desempeño doméstico como un escenario de resistencia cuya evidencia ineludible queda expresada en la sobrevivencia familiar decidida en la cocina, mejor o peor.

Cuando faltaban pocos días para su cumpleaños 80, el 31 de julio del año 2006, Cuba vivió el sobresalto de un problema en el estado de salud del Comandante. ¿Por qué? Él mismo nos lo dijo:

## **PROCLAMA DEL COMANDANTE EN JEFE AL PUEBLO DE CUBA**

Con motivo del enorme esfuerzo realizado para visitar la ciudad argentina de Córdoba, participar en la Reunión del Mercosur, en la clausura de la Cumbre de los Pueblos en la histórica Universidad de Córdoba y en la visita a Altagracia, la ciudad donde vivió el Che en su infancia y unido a esto asistir de inmediato a la conmemoración del 53 aniversario del asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, el 26 de julio de 1953, en las provincias de Granma y Holguín, días y noches de trabajo continuo sin apenas dormir dieron lugar a que mi salud, que ha resistido todas las pruebas, se sometiera a un estrés extremo y se quebrantara.

Esto me provocó una crisis intestinal aguda con sangramiento sostenido que me obligó a enfrentar una complicada operación quirúrgica. Todos los detalles de este accidente de salud constan en las radiografías, endoscopías y materiales filmados. La operación me obliga a permanecer varias semanas de reposo, alejado de mis responsabilidades y cargos.

Como nuestro país se encuentra amenazado en circunstancias como esta por el Gobierno de los Estados Unidos, he tomado la siguiente decisión:

- 1) Delego con carácter provisional mis funciones como Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba en el Segundo Secretario, compañero Raúl Castro Ruz.
- 2) Delego con carácter provisional mis funciones como Comandante en Jefe de las heroicas Fuerzas Armadas Revolucionarias en el mencionado compañero, General de Ejército Raúl Castro Ruz.
- 3) Delego con carácter provisional mis funciones como Presidente del Consejo de Estado y del Gobierno de la República de Cuba en el Primer Vicepresidente, compañero Raúl Castro Ruz.

4) Delego con carácter provisional mis funciones como impulsor principal del Programa Nacional e Internacional de Salud Pública en el Miembro del Buró Político y Ministro de Salud Pública, compañero José Ramón Balaguer Cabrera.

5) Delego con carácter provisional mis funciones como impulsor principal del Programa Nacional e Internacional de Educación en los compañeros José Ramón Machado Ventura y Esteban Lazo Hernández, Miembros del Buró Político.

A continuación, el Comandante delegaba las funciones operativas de gobierno en quienes tenían la responsabilidad política de ejecutarlas. Declaró su confianza en el Partido, contando, como siempre, con el apoyo de las organizaciones de masas. Convocaba al cumplimiento brillante de la reunión Cumbre del Movimiento de Países No Alineados, a realizarse entre los días 11 y 16 de septiembre y rogaba posponer su cumpleaños “que tan generosamente miles de personalidades acordaron celebrar el próximo 13 de agosto para el 2 de diciembre del presente año, 50 aniversario del Desembarco del Granma”.

De modo noble, humilde, Fidel terminaba su Proclama pidiendo al Comité Central del Partido y a la Asamblea Nacional del Poder Popular el apoyo más firme al documento, dando fe de su absoluta confianza “de que nuestro pueblo y nuestra Revolución lucharán hasta la última gota de sangre para defender estas y otras ideas y medidas que sean necesarias para salvaguardar este proceso histórico”. En el final de la Proclama, se reafirmaba el carácter indoblegable de su liderazgo: allí estaban su afirmación categórica de la invencibilidad de Cuba ante la agresión imperialista, la continuidad de la Batalla de Ideas junto a las consignas del no renunciamento:

¡Viva la Patria!

¡Viva la Revolución!

¡Viva el Socialismo!

¡Hasta la Victoria Siempre!



Fidel Castro Ruz  
Comandante en Jefe  
Primer Secretario del Partido y  
Presidente de los Consejos de Estado y de  
Ministros de la República de Cuba.

Julio 31 del 2006  
6:22 P.M.

Su firma nos dio aliento

Tengo que reconocer que escuchar la Proclama de Fidel me desconcertó. Es obvio que lo sabía humano, pero realmente nunca había pensado en la posibilidad de que tuviera que acostarse tanto tiempo como para delegar funciones. Como la mayoría del pueblo, al ver su firma, sentí cierta tranquilidad. Leí aquel texto muchas veces, y hoy creo que asimilé mejor el hecho. Hoy también después de tanto tiempo, pude ver a Roberto Chile narrar las circunstancias en que Fidel firmó su Proclama. Naturalmente, el material audiovisual que contiene ese momento, posee también su principal confirmación en aquella situación límite:

## **FIDEL: LA VIDA**

Durante diez años, el Comandante en Jefe permaneció en el rol de educador social, alejado de sus funciones históricas en la dirección del país. Al principio era muy triste pasar tanto tiempo sin ver a Fidel. Poco a poco me fui acostumbrando a que no estuviera siempre, como antes. Involuntaria e injustamente, todo lo que pasaba en Cuba, yo lo comparaba con qué hubiera hecho Fidel. La primera vez que lo vi en el televisor después de unos meses, grité de alegría hasta lastimar mi garganta. En aulas de la universidad municipal que Fidel creó, aproximando lo culto y lo libre, he mostrado imágenes a sus instructores de arte, de modo que comprendan que ellos son el ideal de Fidel en la dimensión de la realidad viva, donde se forman como profesionales de la educación. Son, su sueño realizado.



Una vez más, el sueño realizado de Fidel

Almacené periódicos con sus reflexiones, hasta que la Dra. Gladys Zuazaga, me regaló los tomos que las compilaba. Lo cité más, busqué fotos poco conocidas, que me acompañaron en mis clases diariamente; les he mostrado a mis alumnos cómo era Fidel cuando fue papá por primera vez, les he enseñado la similitud de su estatura con la de su padre; hice énfasis en la picardía de sus ojos de niño, sosteniendo en las manos de un futuro maestro la imagen de su infancia y después sobre esa base de cariño humano, he compartido en mi aula la belleza de su rostro altivo al salir del Presidio Modelo, intencioné mis palabras de maestra de historia al mostrarles la evidencia fotográfica de que no dejó solo al Che en los días que precedieron a la expedición del Granma, me he empeñado en que mis jóvenes estudiantes sientan el privilegio vital de coincidir en el tiempo histórico con Fidel.



Privilegio de infancia

## **ETERNO NACIMIENTO**

Es veinticinco de noviembre, muy tarde en la noche, una vieja amiga me dice la noticia que Raúl informa. Te agradezco tu vida y siento que me destrozó allí dentro de mí. Imaginar tu ida es lo que hago. ¿Cómo ocurrió? ¿Qué dijiste antes? ¡Cuánto dolor en la vivencia para los más cercanos! No te irás nunca de mí, de nosotros. Y enseguida pienso: No hay muerte para ti. No, si no lo queremos y...no lo queremos.

La imagen que recorre Cuba ahora es aquella del aula de mi primera escuela. Estás con la mochila, mirando lo que es tuyo. Listo para un combate que no termina, ni terminará. Tú eres el Jefe. Tu obra de amor está contigo, hecha gentío agradecido. No has estado ni estarás solo en marcha hacia Santiago, ni al llegar. Es muy duro reconocerte fundido a la bandera, en un espacio mínimo, retornando solemne, en caravana, aclamado otra vez, con tu definitivo nacimiento, hacia la absolución eterna de la historia.



La vida

Es cuatro de diciembre, 2016, 1:40pm. Acabo de ver la piedra que te guarda. Digna de ti, como tu decisión de no trascender en nombramientos. ¿Qué monumento necesitas? El verdadero pedestal eres tú mismo muy pegado a nosotros, en nosotros, en los que estuvieron y en los que vendrán. La peregrinación que no ha cesado, como no cesa el homenaje internacional, las flores y cirios en embajadas, consulados...

Mi vida te pertenece, entre los míos y en la calle toda. Nunca la ingratitud anidará en los pechos de los que me rodean. Ni en los actos. Propagaré tu obra, tu verdad y tus sueños hasta el último aliento de mi existencia, sin simulaciones, ni prebendas. Lo haré por amor Lo juro, Fidel.

Me encuentro a cualquier hora con alumnos que ya peinan canas, con personas que conozco y me conocen. Ante mí, ellos expresan su pesar por la pérdida, califican el dolor de infinito. Un vecino de mi hija me conmueve diciendo -le doy mi pésame, profesora. Usted ha perdido un familiar, un ser muy amado, aunque pensándolo bien Fidel es familia mía también. Yo creo que es familia de todo el mundo. Aquí lo que hay es que seguir pa'lante, porque Fidel es vida.

¿Y los días que siguen? ¿Cómo serán los días que siguen? Ya los estamos viviendo. Hasta el silencio habla de ti. Hago una síntesis de mi historia a tu lado. Converso contigo, como siempre, desde el lugar donde habitas en mí:

YO TE AMO FIDEL, ES UN AMOR ANTIGUO.  
ERA PIONERA COMO TANTOS NIÑOS,  
ESTABAS EN MI LIBRO DE LECTURA  
Y EN UNA FOTO CERCA DEL TURQUINO,  
FIJÉ EN MI PECHO TUS OJOS Y TUS BOTAS,  
CADA MAÑANA DE MIS MATUTINOS.  
EN LA PRIMERA ESCUELA DE MI VIDA  
EL VERDE HERMOSO YA ME UNIÓ **CONTIGO**.  
HICE UN LUGAR EN LA APRETADA FILA:  
TÚ ME MIRABAS.YO CANTABA EL HIMNO  
TÚ EN MI ESCUELA Y TÚ EN MI PAÑOLETA,  
EN MI COMPOSICIÓN, EN MIS LIBRETAS,  
EN UNA MULTITUD DE ABRIL CON SIGNO  
O EN EL OCTUBRE DOLOROSO Y TIERNO  
DEFINIENDO EL MODELO DE LOS NIÑOS  
SIEMPRE ESTABAS, FIDEL, Y YO, **CONTIGO**.  
CRECÍ, ESTUDIÉ, MULTIPLIQUÉ CONSIGNAS.  
FUI ADOLESCENTE A TU AMPARO, CON TU ABRIGO,  
Y UN DÍA FELIZ EN JUVENIL COLUMNA,  
PARTÍ AL ORIENTE Y ASCENDÍ AL TURQUINO.  
DESPUÉS, CUANDO SEMBRASTE CON ESCUELAS  
UN MAGISTERIO URGENTE EN EL CAMINO  
AULAS REPLETAS DEMANDARON FUERZAS

TÚ NOS LLAMASTE, NOSOTROS RESPONDIMOS.  
TE INCORPORÉ A MI DECISIÓN PRIMERA  
CON LA SEGURIDAD Y CON EL TINO  
DE QUIEN SE COMPROMETE CON TUS SUEÑOS  
COMO SE TOMA LO DEFINITIVO  
FUIMOS A CLASES COMO TÚ QUERÍAS,  
PARA VIVIR POR SIEMPRE A TU SERVICIO.  
EN AQUEL SEMILLERO QUE SEMBRASTE  
TÚ ERAS NUESTRO MAESTRO PREFERIDO.  
CUANDO HABLABAS, TU PALABRA SIEMPRE SABIA  
ESCUCHÁBAMOS, CUMPLIENDO CON CAMILO  
JÓVENES TODOS, DECIDIMOS JUNTOS  
LA OSADÍA REAL DE ESTAR **CONTIGO**.  
ADULTA, REDIMIDA POR TU INSOMNIO.  
PLENA, CULTA, DUEÑA DE MIS SENTIDOS,  
PUDE ESGRIMIR EN LA PRIMERA LÍNEA  
TU GRAN SABER JUNTO A MI AMOR ANTIGUO:  
EN LA VOZ COMBATÍ CON CUBA ENTERA  
POR EL RECLAMO NACIONAL DE UN NIÑO.  
SUPE QUE CADA PLIEGUE DE TU ROPA  
COLMÓ MI MADUREZ DE VERDE OLIVO,  
HASTA EL RETORNO VICTORIOSO Y BELLO  
QUE DISEÑASTE COMO UN PADRE-AMIGO.

LA ISLA DE CUBA MULTITUDINARIA  
GUERREÓ Y AMÓ POR NUESTRO ELIAN, **CONTIGO**  
MIL RAZONES EXISTEN PARA AMARTE,  
PARA TU ETERNIDAD EN MI DESTINO.  
PARA LA GRATITUD DE TODO UN PUEBLO  
QUE HA DECIDIDO MARCHAR, SIEMPRE **CONTIGO**:  
PORQUE ERES NUESTRO, FIDEL, PORQUE ESTÁS CERCA  
PORQUE PERDURA EN MÍ, ESTE AMOR ANTIGUO.  
POR LA CONTINUIDAD DE LA PELEA,  
POR CADA PALMO DE ESTE SUELO DIGNO,  
POR LA ENERGÍA DE TU BRAZO EN ALTO,  
POR LA ALEGRÍA, POR EL SACRIFICIO,  
POR EL CARIÑO TERRENAL DE AMÉRICA.  
POR LA LETRA Y LA VISIÓN DEL INDIO,  
POR LA JUSTICIA PARTICIPATIVA  
QUE NOS HACE VIVIR COMO EL TURQUINO.  
PORQUE TÚ TRANSFORMASTE NUESTRAS VIDAS  
LO GENUINO DEL PUEBLO VA CONTIGO.  
POR LAS LECTURAS, POR LAS PAÑOLETAS,  
POR LAS COMPOSICIONES DE OTROS NIÑOS,  
POR LA VIDA, POR LA SONRISA TUYA,  
PORQUE AL IMPERIO OPONES, TU TURQUINO  
POR LA SEGURIDAD, POR LA BATALLA,

POR EL AMPARO QUE HAS DADO A MIS TRES HIJOS  
PORQUE EN MI CORAZÓN Y EN MI CEREBRO,  
TÚ ESTÁS TANGIBLE, UNIVERSAL, UNGIDO  
EN MIS VENAS, EN MI RAZÓN Y EN MI GARGANTA  
LIGADO A TODO LO QUE A DIARIO VIVO,  
MANTENGO INTACTA, INAMOVIBLE, FIRME,  
LA DETERMINACIÓN DE ESTAR **CONTIGO**  
AHORA QUE YA NO ESTÁS Y TE HAS QUEDADO,  
SIGUES AQUÍ, ENTRE NOSOTROS, VIVO  
LA GRATITUD INMENSA, COMANDANTE  
TE ACOMPAÑA EN CIUDADES Y CAMINOS.  
TU PERMANENCIA EN TODO LO QUE HAS HECHO  
ES MÁS REAL QUE HASTA NOSOTROS MISMOS  
NO RENUNCIAMOS, FIDEL. COMO HACE TIEMPO  
NUESTRO DESTACAMENTO ESTÁ **CONTIGO**

## **BIBLIOGRAFÍA**

- 1-Castro Ruz Fidel. Discurso en la velada solemne por la muerte del Che. Periódico Granma.17 de octubre.1967
- 2- Castro Ruz Fidel. Discurso en la conmemoración del décimo aniversario de la Huelga del 9 de abril en Sagua la Grande. Periódico Granma.10 de abril.1968
- 3- Castro Ruz Fidel. Discurso en la clausura del II Congreso de la Unión de Jóvenes Comunistas. Periódico Granma.5 de abril.1972
- 4-Grobat Fabio. Presentación del primer Secretario del Partido Comunista de Cuba, en el I Congreso del PCC. Memorias del I Congreso del Partido Comunista de Cuba. Editora Política. La Habana.1976.
- 5- Castro Ruz Fidel. Discurso en la clausura del I Congreso del Partido Comunista de Cuba, en la Plaza de la Revolución. Memorias del I Congreso del Partido Comunista de Cuba. Editora Política. La Habana.1976.
- 6- Castro Ruz Fidel. Discurso en la despedida de duelo de los mártires de Barbados. Periódico Granma. 7 de octubre.1976
- 7- Castro Ruz Fidel. Discurso en la constitución del Consejo de Estado y de Ministros. Asamblea Nacional del Poder Popular. Periódico Granma.23 de diciembre .1976
- 8- Castro Ruz Fidel. Discurso en el acto de graduación del II Contingente del Destacamento Pedagógico Manuel Ascunce Domenech. Periódico Granma. 14 de julio .1978
- 9- Castro Ruz Fidel. Discurso en el acto de graduación del II Contingente del Destacamento Pedagógico Manuel Ascunce Domenech. Periódico Granma. 20 de julio .1980
- 10- Castro Ruz Fidel. Discurso en el acto de graduación del III Contingente del Destacamento Pedagógico Manuel Ascunce Domenech. Periódico Granma. 15 de julio .1981
- 11- Castro Ruz Fidel. Discurso en el acto por los treinta y ocho aniversarios del asalto al Cuartel Moncada. Periódico Granma. 27 de julio 1991
- 12- Castro Ruz Fidel. Carta a Celia Sánchez Manduley. Citada en La prisión fecunda. Mario Mencía. Editora Política.1975

13-Castro Ruz Fidel. Discurso en la Primera Graduación de Instructores de Arte. Periódico Granma. 21 de octubre.2004

14- Castro Ruz Fidel. Diálogo telefónico amplificado, con instructores de arte graduados. Periódico Granma. 21 de octubre.2004

15- Ídem